

De cómo Adam Smith no llegó a ser «Homo Oeconomicus» (1)

Una interpretación general de la conducta humana en el sistema moral de A. Smith

MANUEL MARTIN RODRIGUEZ
Profesor Adjunto Numerario
de Economía Política
Universidad de Granada

1. INTERPRETACIONES ERRONEAS DE ADAM SMITH

Estoy convencido de que el juicio más acertado sobre los diferentes aspectos parciales de la obra de Smith proviene de quien más duramente le ha tratado como economista: J. A. Schumpeter (1954). Sin embargo, su juicio no ha sido totalmente justo, precisamente por no haber sabido valorarle en su totalidad. Cuando Schumpeter se refiere a Smith economista dice: «Pero haya aprendido o dejado de aprender tal o cual cosa de sus predecesores, el hecho es que la *Wealth of Nations* no contiene una sola idea, un solo principio o un solo método analítico que fuera completamente nuevo en 1776» (pág. 226) y «... Smith estuvo, sin duda, a la altura de la tarea de coordinarlos sin ayuda de nada más» (pág. 225). Mayor respeto le mereció la otra obra mayor de Smith, la *Teoría de los Sentimientos Morales*, que contiene sus ideas sobre la conducta humana: «Creo que con la posible excepción de la obra de Shaftesbury, hay que colocar la de A. Smith muy por

(1) Economistas y no economistas que siguen y admiran al profesor J. L. Sampedro (entre los que me encuentro) habrán advertido en el título de este trabajo una clara referencia a su delicioso artículo «De cómo dejé de ser "homo oeconomicus"», contenido en la Colección de Estudios en Homenaje al profesor Valentín Andrés Álvarez, publicados por Editorial Tecnos (Madrid, 1978) bajo el título general de *Ciencia Social y Análisis Económico*. El profesor Sampedro, que suele navegar en sus propias aguas, lo que le ha convertido en maestro de tantos de nosotros, ha seguido en este caso el camino fácil de atribuir a A. Smith todos los tópicos formulados sobre él por quienes llamaré simplemente intérpretes ingenuos. Confío demostrar que el profesor Sampedro tiene más puntos de coincidencia con Smith de los que él mismo admite, al menos en el artículo reseñado.

encima de todas las demás (autores del siglo XVIII)» (pág. 169). Y se entusiasmó con una obra menor contenida en los *Ensayos Filosóficos*: «La perla de esta colección es el primer ensayo sobre los Principios que conducen y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados con la Historia de la Astronomía. Me atrevo a decir que nadie puede hacerse una idea adecuada de la estatura intelectual de A. Smith si no conoce estos ensayos. También me atrevo a afirmar que si no fuera por la evidencia indiscutible, nadie creería que el autor de la *Wealth of Nations* hubiera sido capaz de escribir estos seis ensayos» (pág. 224).

No obstante, decir de A. Smith que fue un economista escasamente original con una gran capacidad de sistematización, un moralista muy por encima de sus contemporáneos los filósofos del derecho natural, y un científico con inestimables aportaciones a la metodología de la ciencia, siendo básicamente correcto, puede proporcionarnos una segmentación equívoca de lo que realmente fue. Porque, sobre todo, como J. R. Lindgren (1973) ha puesto de manifiesto: «Adam Smith fue uno de los más importantes filósofos sociales creativos de los últimos tiempos. Aunque su gran obra maestra —la *Wealth of Nations*— es muy frecuentemente asociada con el campo de la economía, ha ejercido una profunda y continua influencia, no sólo en ésta, sino en todas las áreas, tanto de la teoría social así como de la práctica» (pág. IX). O como ha señalado W. J. Samuels (1977): «Adam Smith no fue un escritor económico corriente; fue el primer filósofo de la civilización occidental. Resolvió muchos de los principios distintivos de una civilización que hacía su aparición y la complejidad de tal tarea difícilmente puede ser sobreestimada» (pág. 191). Quienes estén familiarizados con la obra y vida de Smith reconocerán que, ante todo, fue un filósofo y que todos sus escritos fueron concebidos y ejecutados como el trabajo de un filósofo.

Desgraciadamente, Smith ha sido apenas entendido ni como filósofo ni como economista, aunque las más duras críticas que se han dirigido contra él apuntan directamente a su teoría de la conducta humana. Estas, sin embargo, no han hecho otra cosa sino caricaturizar su verdadero pensamiento. La obra de J. Vi-

ner (2) presentándonos un «homo oeconomicus» encarnado en el individuo de Smith, o la de Bagehot (3), un economista ricardiano de segunda fila que resumió las ideas de Smith sobre la naturaleza humana diciendo que para éste «todo hombre lleva un escocés dentro», han contribuido no poco a esta malinterpretación de Smith, hasta el punto de que resulta imposible encontrar alguna historia de las doctrinas económicas de las que circulan por nuestras Universidades en la que no se recoja como definitiva la interpretación de estos autores.

El importante tema de la racionalidad económica, trasunto del viejo tema del «homo oeconomicus», está siendo objeto de un amplio tratamiento en la literatura económica contemporánea, por lo que cualquier valoración de las ideas de Smith sobre la conducta humana deberá ser analizada en el marco general de estos estudios, a los que me remito (4). Ello me liberará de hacer una

(2) La obra más importante de J. Viner sobre A. Smith es «Adam Smith and laissez faire», que publicada por primera vez en *Journal of Political Economy*, vol. 36 (1927), págs. 198-232, ha sido reproducida posteriormente en innumerables ocasiones. Destaca también su Introducción a una de las ediciones de la biografía de Adam Smith escrita por JOHN RAE: *Life of Adam Smith* (New York, 1965). En su artículo «Adam Smith», incluido en la *International Encyclopedia of the Social Sciences* (Crowell Collier and Mcmillan, Inc., 1968), Viner modificó sustancialmente sus primitivos puntos de vista, como se desprende de los siguientes párrafos: «Muchos escritores, incluido el autor de este artículo en la primera etapa de su estudio de Smith, han considerado esas dos obras (se refiere a la *Teoría de los Sentimientos Morales* y a la *Riqueza de las Naciones*) hasta cierto punto básicamente incongruentes. Ahora bien, en gran parte de sus escritos, Smith trabajó con lo que él llamaba sistema... Si hubiera podido completar su sistema total, probablemente habría podido demostrar que las aparentes incongruencias no eran reales...» (Citado de la versión española de Aguilar, 1976, tomo IX, pág. 757.)

(3) Walter Bagehot (1826-1877) fue uno de los últimos economistas ricardianos. Su nombre ni siquiera aparece en la larga lista de economistas clásicos presentada por D. P. O'BRIEN en *The Classical Economists* (Oxford, Clarendon Press, 1975). Autor de una copiosísima obra, escribió un libro, muy estimado en su época, sobre el mercado financiero inglés, en el que presenta una primitiva teoría sobre el ciclo económico. En su colección de varios ensayos titulada «Economic Studies» (1880) incluye «Adam Smith and our Modern Economy», donde nos presenta este A. Smith con una idea sobre la naturaleza humana similar a la de ese escocés estereotipado que busca afanosamente la más mínima ganancia.

(4) El artículo de CLEM TISDELL «Concepts of rationality in economics» (Philosophy of the Social Sciences, vol. 5, 1975) proporciona una buena panorámica del tema. También el extraordinario estudio de M. HOLLIS y E. J. NELL *Rational Economic Man* (Cambridge University Press, 1975). Otras obras importantes son: G. L. S. SCHACKLE: *Epistémica y Economía* (Fondo de Cultura Económica, 1976, 1.ª ed. en inglés, Cambridge University Press, 1972); GARY BECKER: *The economic approach to human behavior* (University of Chicago Press, 1976); JACQUES LESOURNE: *Economic Dynamics and Individual*

crítica ingenua a esta interpretación de Smith, apelando, por ejemplo, a la autoridad de Schumpeter (1954), que señala que autores como Pareto usaron el término «homo oeconomicus» sin incorreción alguna, ya que sirvió para exponer determinados aspectos del comportamiento económico (pág. 969), o la de O. H. Taylor (1960), que sostiene que «comúnmente imputado a Smith, economista, pero de hecho nunca sostenido por él, en su acepción generalmente admitida, este concepto («homo oeconomicus») fue inventado por alguno de sus sucesores menores del siglo XIX» (pág. 69). Mi propósito es más ambicioso, ya que me propongo integrar la teoría de la conducta humana de Smith en su sistema general.

Sin embargo, es obvio que estas pobres caricaturas no habrían bastado para hacer de Smith el campeón de la economía burguesa, ni justificarían que después de dos siglos apenas exista algún estudio digno de confianza en relación con la totalidad de su filosofía social (5).

Por ello, si hemos de replantearnos una reinterpretación de Smith, resulta indispensable preguntarnos sobre las auténticas causas que han determinado este hecho.

Siguiendo a Samuels (1976-77) podemos hacer varias consideraciones sobre la interpretación retrospectiva de la historia del pensamiento, en general, y sobre el de Smith, en particular.

Primero, «debería estar claro que el conocimiento de Smith está influenciado por los problemas, intereses y valores que cada intérprete, sea un individuo, sea una generación, aporta a su trabajo. Esta es una faceta de la inevitable tensión entre los datos (o los hechos) de la historia y la mente de los historiadores» (pág. 190). Y, sin duda alguna, la generación de economistas que consolidó

Behaviour, en *Sociological Economics* (London Sage Publications Ltd., 1979); y toda la extensa obra de H. A. SIMON, especialmente *From Substantive to Procedural Rationality*, en Spiro J. Latsis, Ed.; *Methodological Appraisal in Economics* (Cambridge, 1976) y *Rationality as Process and as Product of Thought* (*Am. Ec. Rev. Proc.*, May, 1978).

(5) La crítica mucho más rigurosa que hiciera MARX en su *Teorías sobre la Plusvalía* (Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1977, págs. 41-136) no parece que contribuyera demasiado a disminuir los méritos de Smith en la ciencia económica convencional, aparte de que Marx, en esta ocasión, estuvo más interesado en Smith-economista que en Smith-filósofo social. Por otro lado, vale la pena señalar una notable excepción a esa pobreza de estudios generales sobre A. Smith, la obra de J. R. LINDGREN: *The Social Philosophy of Adam Smith* (The Hague, Martinus Nijhoff, 1973). La más reciente e importante obra de SAMUEL HOLLANDER: *The Economics of Adam Smith* (Toronto, University of Toronto Press, 1973) tampoco ha llegado a cubrir esta laguna.

la interpretación de Smith convencionalmente aceptada tuvo en cuenta más sus propios intereses, incluso científicos, que las auténticas categorías smithianas. La explicación de ello habría que buscarla más en el concepto de «ciencia normal» de Kuhn que en las propias motivaciones del investigador.

Segundo, «la interpretación de Smith ha sido influenciada por un selectivo proceso de filtración (6) que ha permitido que ciertos puntos de vista permanezcan viables y otros no, un proceso profundamente conducido por ideología, poder y todo aquello que gobierna los intereses profesionales o disciplinares, incluidas las sentidas necesidades de ortodoxia y heterodoxia en economía, cada una de las cuales ha tenido sus propios dogmas y preconcepciones del pasado y del presente» (pág. 190). Como ha dicho A. L. Macfie, el último de los editores de la *Teoría de los Sentimientos Morales* (7), el éxito de la *Riqueza de las Naciones* se debió en buena medida a que podía ser usada para soportar las fuerzas económicas dominantes de su tiempo y de los tiempos posteriores (8).

Tercero, «el más importante aspecto de Smith y de la *Riqueza de las Naciones* reside en la matriz total de interpretaciones y mutuas críticas, no en cualquiera de ellas, por muy atractiva, útil, ostensiblemente completa o fiable que pueda ser. Ninguna interpretación puede captar la complejidad y fecundidad de la mente de Smith o la significación social de su obra» (pág. 191).

Sin duda alguna, de todas estas razones y de las restantes que

(6) Véase W. S. GRAMM: «Natural Selection in Economic Thought: Ideology, Power and the Keynesian Revolution» (*Journal of Economic Issues*, 7 núm. 1, march, 1973).

(7) A. L. MACFIE: *The individual in society* (London, George Allen and Unwin, 1967), pág. 11.

(8) Resulta interesante constatar, sin embargo, cómo los economistas ricardianos no habían perdido todavía la idea de la especial significación de la economía de Smith. De Quincey, un economista dilectante, discípulo poco conocido de Ricardo y uno de los personajes más interesantes del XIX inglés, escribía en un artículo publicado (en 1842) en *Blackwood's Magazine*: «¿Cuál es la diferencia (entre la aportación científica de Smith y de Ricardo)? Fue el 'sistema', el agregado de doctrinas, lo que Smith empezó a desarrollar. No se propuso tanto introducir innovaciones en las partes separadas de la ciencia como organizar el todo. Lo que él dijo fue: 'Dadas las muchas partes acumuladas, me propongo poner de manifiesto sus relaciones, descubrir sus conexiones'. ¿Prometió Ricardo, sin embargo, un sistema en el mismo sentido? En absoluto... El filósofo escocés, esto tiene que ser recordado, había sido el primer hombre en Europa en completar un sistema total.» (Nótese cómo, para De Quincey, Smith era fundamentalmente un 'filósofo' que había organizado todas las piezas en un 'sistema').

apunta Samuels, la más significativa es esta última, dado que el principal defecto de los intérpretes de Smith ha sido no tener presentes sus propios objetivos, que consistieron en dar al mundo una completa filosofía social, un sistema explicativo total. De aquí la extrema dificultad de abordar un estudio sistemático de Smith, que ha quedado históricamente a disposición de los economistas, quienes le han atribuido justamente el título de padre de la economía y a cambio han ofrecido una interpretación parcial y deformada de su pensamiento.

Siendo consciente de todas estas dificultades y de mis propias limitaciones no tengo el propósito de intentar lo que hasta ahora nadie ha conseguido plenamente. El objetivo de este trabajo es mucho más limitado, ya que me propongo simplemente presentar una teoría general de la conducta humana en Smith, mediante el análisis de esa gran obra olvidada y escasamente conocida en nuestro país que es la *Teoría de los Sentimientos Morales*. Esto me obligará previamente a presentar las ideas de Smith acerca de los «principios que conducen y dirigen las investigaciones filosóficas», tal como fueron presentados en su *Historia de la Astronomía*. Al final me ocuparé de lo que se conoce en la literatura económica como el «problema de Smith», la aparente contradicción entre las ideas contenidas en la *Teoría de los Sentimientos Morales* y en la *Riqueza de las Naciones* (9).

Espero contribuir con ello a esclarecer un tanto la extraordinaria aportación científica de Smith, siquiera sea en una de sus partes, para mí la más importante, si es que se acierta a conectar con la totalidad de su sistema. Espero también que los conceptos analíticos estrictamente económicos de Smith se vean más como

(9) Los textos de Smith que he utilizado en este trabajo corresponden todos a «The Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith», Oxford Clarendon Press. En particular hago uso de los siguientes:

a) *History of Astronomy*, en *Essays on Philosophical Subjects*, ed. by W. P. D. Wightman, 1979. (*Astronomy* en lo sucesivo.)

b) *The Theory of Moral Sentiments*, ed. by D. D. Raphael and A. L. Macfie, 1976. (*TMS* en lo sucesivo.)

c) *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, ed. by R. H. Campbell and A. S. Skinner, 1976. (*WN* en lo sucesivo).

Sin embargo, las citas de estos textos, a fin de que pueda ser consultada cualquier edición, se referirán siempre al párrafo correspondiente de la obra. Por ejemplo:

Astronomy, I.3 = Sección I, párrafo 3.

TMS, I.i.5.3 = Parte I, Sección i, Capítulo 5, párrafo 3.

WN, V.i.f.26 = Libro V, Capítulo i, sexta División, párrafo 26.

el producto de un filósofo social que como el producto de un economista de nuestros días, lo cual contribuirá en no poca medida a un mejor entendimiento de los mismos.

Apoyaré mis conclusiones, que suponen un relajamiento considerable de algunos de los dogmas convencionalmente atribuidos al filósofo escocés, en textos muy escogidos de su obra, por lo que no podré evitar una detenida lectura de la misma a quienes estén interesados en el tema.

2. PRINCIPIOS QUE DIRIGEN Y CONDUCEN LAS INVESTIGACIONES FILOSOFICAS

La que Schumpeter (1954) califica como perla de la colección de *Essays on Philosophical Subjects*, «Principles which lead and direct Philosophical Enquiries, illustrated by the History of Astronomy» (Principios que conducen y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustradas con la Historia de la Astronomía) fue escrita con seguridad antes de 1759, aunque fuera publicada por vez primera en 1795, después de la muerte de Smith, ocurrida en 1790 (10). Esta obra, aparte de mostrarnos un Smith polifacético, conocedor precoz de una buena parte de los saberes de su época, incluida la Astronomía, nos descubre la inmensa talla de científico y de filósofo de la ciencia que había en él.

La primera parte de la obra, que en su conjunto no sobrepasa las cien páginas, nos presenta una teoría del *carácter estético* y de la *motivación psicológica* de todo trabajo científico. Smith supo-

(10) Debo mi información sobre la biografía de A. Smith fundamentalmente a la obra de JOHN RAE: *The Life of Adam Smith* (London, Macmillan and Co. Ltd., 1895). He utilizado también múltiples referencias procedentes de la obra *Account of the Life and Writings of the Author by Dugald Stewart*, que se incluyó en la primera edición de *Essays on Philosophical Subjects* y que se incluye también en la edición de Glasgow. Stewart desempeñó la cátedra de Filosofía Moral —la misma que ocupara Smith en Glasgow de 1752 a 1764— de Edimburgo de 1785 a 1810. También he podido contar con una versión italiana de la obra de VÍCTOR COUSIN: *Adamo Smith: La sua vita e le sue opere*, incluida como introducción a la *Riqueza de las Naciones*, en la «Biblioteca dell'Economista», Prima Serie, Trattati Complessivi, vol. II, Torino, Cugini Pomba e Comp., 1851. Cousin es autor de un magnífico *Cours d'histoire de la philosophie morale aux dix-huitième siècle*, Paris, 1840, que incluye en su vol. III a toda la escuela escocesa. (La extraordinaria colección italiana citada está entre los libros de la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Granada.)

ne que «todos» los hombres están dotados con ciertas facultades y propensiones tales como la razón, la reflexión y la imaginación y que están motivados por un deseo de adquirir las fuentes del placer y de evitar las del dolor. En este contexto, el placer se refiere a un estado de la imaginación, «el estado de tranquilidad y compostura», que determina la emergencia de toda teoría científica como un producto característico de la mente.

Concretamente, Smith habla de tres emociones diferentes —«sorpresa», «curiosidad por saber» y «admiración» (11)— que se suceden cronológicamente por ese mismo orden en la mente de cualquier observador de todo fenómeno que inicialmente se presenta como poco corriente e inesperado, conforme se avanza desde la ignorancia hasta el conocimiento final de las relaciones que le conectan con las partes previamente conocidas y familiares del sistema de todos los fenómenos naturales.

En nuestra experiencia de los fenómenos familiares de la naturaleza observamos que ocurren de una manera uniforme y que se conectan unos a otros mediante relaciones causales, formando eslabones de una misma cadena, dentro de un modelo identificado previamente. Sin embargo, cualquier suceso no observado con anterioridad y aparentemente no esperado produce en nosotros un sentimiento de «sorpresa», que es seguido inmediatamente por otro de «curiosidad por saber», que entraña un dolor, una desutilidad, una sensación de disconformidad, una pérdida del «estado de tranquilidad y compostura» de la mente. La respuesta es un deseo «psicológico» de escapar a este estado de la mente, tratando de encontrar una secuencia de eslabones, dentro de la cual el nuevo suceso descubierto encuentre una explicación y pueda ser considerado como absolutamente coherente y «natural», produciendo así un estado de «admiración».

No menos importante es el papel que juega la belleza formal en las ideas de Smith acerca del desarrollo de la investigación científica. La «propensión» natural de todos los hombres a «dar explicación de todas las apariencias mediante tan pocos principios como

(11) Los términos ingleses que Smith utiliza para referirse a estas tres emociones —*surprise*, *wonder* y *admiration*— no son fáciles de traducir, dada la gran analogía de sus acepciones más comunes. Creo, sin embargo, que sorpresa, curiosidad por saber y admiración son los términos que mejor expresan las ideas de Smith sobre el origen de las teorías científicas.

sea posible» (TMS VII.ii.2.14.) determina que se prefieran las teorías elegantes, las teorías con un mayor valor estético, las teorías en suma que proporcionan una explicación más simple de la realidad.

Smith no abrazó, sin embargo, este principio incondicionalmente, como prueba claramente su exposición del episodio de Kepler en relación con las órbitas de los planetas (12). Ello le libera de la acusación de formalismo de que ha sido objeto frecuentemente.

A partir de este enfoque psicologista, Smith podría haber llegado a una ciencia objetiva, si fueran ciertas las ideas sobre el carácter inmutable de la naturaleza humana que se le imputan. En cambio, llegó a una solución diametralmente opuesta, a un *relativismo de la ciencia*, lo cual constituye una prueba más de la endeblez de las acusaciones convencionales que se le hacen. Como Olson (1975) ha puesto de manifiesto, «la gran significación de la doctrina de Smith es que, desde que ésta mide el valor de los sistemas filosóficos solamente en relación con su capacidad para satisfacer el ardiente deseo humano de orden, establece un humano más que un absoluto standard para la ciencia y deja así toda la ciencia esencialmente hipotética. Más aún, Smith sugirió que el cambio incesante, más que la permanencia, tiene que ser el rasgo característico de la filosofía» (pág. 123).

Que ésta sea la interpretación auténtica de Smith lo prueba una lectura atenta de su descripción de los diferentes sistemas astronómicos que se han sucedido a lo largo de la historia (13) y de las causas que motivaron el abandono de cada uno de ellos y su sustitución por el siguiente. De ella puede inferirse, incluso,

(12) Kepler, llevado por su fe en las ideas pitagórico-platónicas de la armonía o belleza de los modelos de la naturaleza, llegó a pensar que, siendo el círculo la figura geométrica más perfecta, las órbitas por las que se mueven la tierra y los planetas alrededor del sol serían necesariamente circulares. Brahe tuvo que emplear mucho tiempo en convencer a Kepler de que sus observaciones le permitían asegurar que las órbitas no eran círculos sino elipses. Smith aprovechó esta anécdota para darnos cuenta de sus ideas acerca de que las predilecciones estéticas pueden ayudarnos a formular hipótesis correctas, que, sin embargo, habrá que abandonar si resultasen falsadas por la experiencia.

(13) Según Smith, el sistema copérnico, por ejemplo, sustituyó al ptolemeico porque la hipótesis del sol como centro del sistema solar permitía construir un cuerpo de teoría que explicaba mucho mejor y de forma más *simple* un conjunto de hechos observados, que difícilmente encontraban explicación con la hipótesis de una tierra fija alrededor de la cual giraban el sol y los planetas a diferentes velocidades.

algo más. Smith no afirma que cada sistema sea más verdadero que el precedente, sino que es fruto de las condiciones sociales y psicológicas transitorias que disponen a los hombres a pensar en un determinado sentido (14). Esto es quizá lo que ha permitido a Taylor (1960) afirmar que Smith sugirió la idea de un *determinismo* económico en la historia intelectual o, al menos, la idea de la *influencia restrictiva de las condiciones sociales* sobre lo que podría llamarse modas intelectuales en cada época.

Incluso Smith añadió algo más, al referirse a la dificultad con que «los eruditos abandonan la evidencia de sus sentidos para preservar la coherencia de las ideas de su imaginación» (*Astronomy* IV.13) y a la excesiva importancia concedida a los prejuicios de la imaginación y de la educación en relación con la recepción de nuevas ideas (*Astronomy* IV.52).

En resumen, dos importantes cuestiones pueden destacarse al considerar la posición de Smith en relación con los principios que dirigen y conducen las investigaciones filosóficas. Primero, que nunca se adhirió a la metodología newtoniana, tal como estuvo de moda en su tiempo, sino que sostuvo el «origen» psicológico de las teorías científicas, sin que ello fuera inconsistente con la necesidad del método experimental para el «desarrollo» de las mismas. Segundo, Smith llamó la atención sobre el hecho de que el ideal de objetividad de la ciencia puede ser difícil, si no imposible, de conseguir.

A. S. Skinner (1979) ha señalado recientemente, con mucho acierto, el *paralelismo entre estas ideas de Smith y las posiciones de la literatura contemporánea* sobre el origen y recepción de las diferentes teorías científicas.

Popper (1965), por ejemplo, distingue rigurosamente entre el proceso de concebir una idea y el de contrastar su relevancia, atribuyendo a las fuerzas psicológicas una importancia fundamental en el primero, al concluir que las ideas atrevidas, las anticipacio-

(14) En las sociedades primitivas, pobres e ignorantes, dice Smith, el pesimismo y el miedo a las fuerzas monstruosas de la naturaleza llevaron a la gente a pensar en una multitud de caprichosos dioses y demonios que reaccionaban bondadosa o violentamente ante las acciones de los hombres, provocando eclipses, tormentas, etc. Cuando la humanidad llegó a ser más rica y confiada en sus propias posibilidades trató de encontrar explicaciones distintas mediante el progresivo conocimiento de los eslabones naturales que ligan las diferentes partes de la naturaleza como sistema.

nes injustificadas y el pensamiento especulativo son nuestros únicos medios para interpretar la naturaleza. También en relación con la relatividad de la ciencia mantiene Popper una posición parecida a la de Smith, pues aun cuando no negara expresamente la posibilidad de objetividad afirmó, como es sabido, que «incluso la contrastación rigurosa y serena de nuestras ideas por la experiencia está, a su vez, inspirada por ideas».

No es menor el paralelismo Smith-Kuhn (1970). El concepto de paradigma en Kuhn es el mismo que el de sistema en Smith. Las ideas de Kuhn sobre conservadurismo de la ciencia, sobre ciencia normal y estado crítico de la ciencia, etc., parecen tomadas de la *History of Astronomy*. Incluso sus ejemplos y situaciones (astronomía ptolomeica, revolución copernicana, etc.) son los que empleara Smith doscientos años antes.

Schackle (1967) también parece deber mucho a Smith, al menos cuando destaca la importancia de las cualidades estéticas de las teorías científicas: El último objetivo del científico es ver todo como una ilustración de muy pocos principios básicos, de imposible mayor unificación, esperando quizá que al fin esta unificación acabará en la comprensión total del único secreto de la naturaleza.

No deja de ser importante constatar que Popper, Kuhn y Schackle, al menos parcialmente, mantienen posiciones muy próximas a las que sostuviera Smith en pleno siglo XVIII (15). Este dato contribuirá, espero, a disipar desde ahora algunos de los prejuicios con que normalmente se acomete el estudio de Smith. Después de haber conocido la metodología de Smith, el espíritu con el que aborda el estudio de los problemas científicos, podemos proseguir con nuestro objetivo.

3. LA IDEA DE SISTEMA EN ADAM SMITH

Aun cuando la biografía de Smith es sobradamente conocida (16), será necesario para nuestro propósito llamar la atención sobre

(15) Skinner aporta otros ejemplos de paralelismo: Loasby, Kornai, Polanyi y Georgescu-Roegen (p. 123).

(16) En la nota 10 puede encontrarse una relación de las obras que me han servido para conocer la biografía de A. Smith. Remito a ellas a quienes estén interesados en una información más amplia.

determinados aspectos de la misma. Estoy convencido de que ningún economista podrá leer con aprovechamiento la WN si no conoce la totalidad de la obra y la vida del hombre que la escribió.

Smith nace en un pueblecito cerca de Glasgow, en 1723. Hijo de una familia modesta, quedó huérfano de padre muy pronto, viviendo con su madre hasta la muerte de ésta. Permaneció soltero durante toda su vida (17). En 1737 se traslada a la Universidad de Glasgow, donde llegó a graduarse en el año 1740. Allí conoció a Hutcheson, uno de sus maestros, que tanta influencia ejercería sobre él. Hasta 1746 empleó seis años de su vida ampliando su formación en la Biblioteca de la Universidad de Oxford.

De vuelta a Escocia enseñó literatura, lógica, retórica y crítica literaria durante dos años (1748-1750) en la Universidad de Edimburgo, donde conoció a D. Hume. Fue seguramente en esta época cuando escribió sus «Essays on Philosophical Subjects», lo cual bastaría para probar su precoz madurez científica.

En 1752 ocupa la Cátedra de Filosofía Moral de la Universidad de Glasgow, que anteriormente desempeñara Hutcheson (1730-1746), permaneciendo en la misma hasta 1764. Su curso de Filosofía Moral (18) estaba dividido en cuatro partes. La primera contenía la «Teología Natural» (prueba de la existencia de Dios y sus atributos). La segunda comprendía la «Ética», en sentido estricto, y consistía principalmente en el conjunto de doctrinas que después serían publicadas bajo el nombre de TMS. En la tercera trataba con mayor detalle aquella rama de la moralidad que se refiere a la Justicia (Derecho Civil y Político); también pensó Smith publicar esta parte de sus explicaciones de clase, según manifestó en la TMS, pero no vivió lo suficiente para hacerlo (19). En la última parte

(17) No he podido llegar a entender la importancia que Schumpeter (1954) concede a este hecho y mucho menos su arriesgada e inexacta afirmación de que debido a su soltería «los atractivos y pasiones de la vida eran para él mera literatura» (p. 227).

(18) Durante el siglo XVIII se llamó «filosofía moral», especialmente en Alemania y Escocia, al conjunto de «ciencias sociales» (ciencias del «espíritu y de la sociedad») en contraposición a «filosofía natural», que integraba las ciencias físicas y matemáticas. (SCHUMPETER, 1954, pp. 181-182). El propio Smith da cuenta ampliamente del contenido de la filosofía moral en (WN V.i.f.).

(19) «En otro tratado intentaré hacer una descripción de los principios generales del derecho, del gobierno, así como de las diferentes revoluciones que han experimentado en las diferentes edades y periodos de la sociedad, no sólo en lo que concierne a la justicia, la política, los ingresos, las armas y cualquier cosa que sea objeto de las leyes» (TMS VII.iv.37). Y «En el últi-

examinaba las regulaciones políticas que están fundadas no sobre el principio de «justicia», sino sobre el de «conveniencia» y cuyo objetivo es el acrecentamiento de la riqueza, el poder y la prosperidad del Estado; lo que explicaba sobre esta materia contenía la sustancia de la obra que después publicó bajo el título de la WN.

Entre 1764 y 1766 viajó como tutor del duque de Buccleugh a Francia, donde conoció a Turgot, Quesnay y el resto de los fisiócratas y reanudó sus relaciones con Hume, que a la sazón era secretario de embajada en París. Precisamente estos contactos han sido la causa de que se llegue a dudar de la originalidad de las ideas económicas de Smith (20). De vuelta a Escocia, en 1766, trabajó en solitario durante diez años en Kirkcaldy, su pueblo natal. Al final de este retiro voluntario, en 1776, publica la WN. Los últimos años de su vida los pasó como Comisionado de Aduanas en Edimburgo.

Smith fue, pues, un profesor de Filosofía Moral y sus dos obras mayores constituyen sendos «libros de texto», fruto de sus explicaciones de clase. Ninguna de ellas puede entenderse fuera del plan general de su curso universitario. Ambas fueron parte de su obra filosófica total, que desgraciadamente no pudo completarse (21).

Como el resto de los filósofos de su tiempo, Smith tuvo un profundo conocimiento de la filosofía antigua. Platón y Aristóteles fueron los que más le interesaron, pero los que mayor fascinación ejercieron sobre él, desde su etapa de estudiante en Oxford, fueron los filósofos estoicos, especialmente Epicteto. Como han se-

mo párrafo de la primera edición de esta obra dije que en otro tratado intentaría... id., id., párrafo anterior... En la 'Investigación sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones' he cumplido parcialmente esta promesa, al menos en lo que concierne a la política, los ingresos y las armas. Lo que queda, la teoría de la jurisprudencia, que he proyectado durante mucho tiempo, no he podido hacerlo hasta ahora... Aunque mi muy avanzada edad me deja, lo sé, muy pocas esperanzas de poder ejecutar esta gran tarea... no he abandonado, sin embargo, el proyecto y continúo obligado a hacer lo que pueda...» (TMS Advertisement, 6.^a ed.).

(20) Aparte de SCHUMPETER (1954, pp. 225 y sigu.) y D. D. RAPHAEL y A. L. MACFIE (1976, p. 23), puede verse sobre el particular el interesante trabajo de P. D. GROENEWEGEN, «Turgot and Adam Smith», *Scottish Journal of Political Economy*, xvi, 1969.

(21) D. P. O'BRIEN (1975) también ha destacado este importante aspecto de la formación eminentemente académica de Smith frente a la esencialmente práctica y autodidacta de Ricardo (pp. 8-9). Sin embargo, como todos los economistas que han estudiado a los clásicos, no ha sabido ver la diferencia entre la raíz filosófica de las ideas económicas de Smith y el carácter estrictamente analítico de los «Principios» de Ricardo.

ñalado D. D. Raphael y A. L. Macfie (1976): «Las doctrinas éticas de Smith son de hecho una combinación de las virtudes estoicas y cristianas, o, en términos filosóficos, una combinación de estoicismo y Hutcheson. Este redujo todas las virtudes a la benevolencia, una versión filosófica de la ética cristiana del amor. En un punto temprano de la TMS, Smith suplementó ésta con el principio estoico del autodomínio» (pág. 6).

Fruto de esta inicial fascinación debió ser, sin duda, su *Astronomy*, donde se concebían «todas las ciencias naturales como tratando de formar, desarrollar y verificar teorías de 'eslabones' conectando sucesos, aparentemente aislados para una observación no científica, en un coherente y ordenado *sistema* de hechos mutuamente interconectados; y sus últimas obras (TMS y WN) trataron de hacer lo mismo en las ciencias sociales, para formar, elaborar y confirmar teorías de 'eslabones' entre las vidas y modelos de conducta de diferentes individuos, miembros de una sociedad humana, aparentemente separados mental y emocionalmente, pero que de hecho se conectan unos a otros como partes integrantes de coherentes, ordenados y sistemáticos procesos sociales» (Taylor, 1960, pág. 52).

Vivir de acuerdo con la naturaleza fue uno de los dogmas básicos de la filosofía estoica y la idea estoica de las «formas naturales» configura la mayor parte de los fundamentos filosóficos de la TMS y de la WN. La doctrina estoica de la *armonía cósmica* aparece por doquier en estas dos obras. Incluso las dos veces que Smith utiliza la expresión «invisible hand» (TMS IV.1.10 y WN IV.ii.9) lo hace en el contexto de la idea estoica de sistema armónico y, por tanto, no parece que tenga demasiada justificación la fortuna que esta expresión hizo entre los economistas que, después de magnificarla, la desposeyeron de su verdadera significación filosófica, dándole un valor exclusivo de principio económico (22). Esta

(22) Smith habría condenado, por ejemplo, el principio utilitarista que subyace en la interpretación de la idea de «mano invisible» que hace M. Blaug (1962) en el siguiente párrafo: «Al buscar sólo su propia conveniencia, los hombres, conducidos por una «mano invisible», promueven fines sociales. La tesis subyacente es la de que el interés de la comunidad consiste simplemente en la suma de los intereses de los miembros que la componen: Todo hombre, por sí solo, tratará de maximizar su riqueza; por consiguiente, todos los hombres, si nada se lo impide, maximizarán la riqueza agregada» (p. 91). Volveremos sobre esto más tarde.

idea de armonía cósmica, de sistema, queda perfectamente expresada en el siguiente párrafo:

«El hombre, de acuerdo con los estoicos, debería mirarse a sí mismo no como una parte separada y distinta, sino como un ciudadano del mundo, como un miembro de la vasta comunidad de la naturaleza... Cualquier cosa que le concierna debería afectarle no más que todo aquello que concierna a cualquier otra parte igualmente importante de este inmenso sistema.» (TMS III.3.11.)

La otra gran influencia que recibió Smith, la de los pensadores contemporáneos, le serviría para encontrar los principios que le permitirían establecer esos eslabones que conectan los sucesos y las vidas de los hombres en un orden armónico natural, en un sistema. De todos ellos, Hume y Hutcheson fueron los que ejercieron una influencia más directa y profunda, pero el propio Smith se refirió con alguna atención en la parte VII de la TMS a Mandeville (TMS VII.ii.4), Hobbes (TMS VII.iii.I), Clarke y Shaftesbury (TMS VII.ii.I.48), y a los platónicos de Cambridge, especialmente Cudworth (TMS VII.iii.2.4).

El juicio de Cousin (1850) acerca de la influencia de estos filósofos sobre Smith, aun cuando no pueda aceptarse plenamente, es muy esclarecedor de los principios que le sirvieron para componer los eslabones de su sistema: «Smith, como filósofo y moralista, es original e inventivo en los aspectos particulares y en las aplicaciones, pero no en los principios. La TMS contiene unos análisis de una fuerza admirable y una multitud de casos particulares precisos y delicados, pero el fondo no es demasiado sólido ni pertenece a Smith. Hutcheson, alejándose de Hobbes y Locke y al mismo tiempo de Cudworth y Clarke, rechazando conjuntamente la sensación y la razón, había basado la filosofía moral en el sentimiento. Este sentimiento, que para Hutcheson comprende y genera todos los deberes y toda la virtud es la benevolencia. La benevolencia es desinteresada y tiene como efecto seguro la felicidad de otros, el bien público, el interés general. Smith ha seguido la misma vía, ha abrazado la misma filosofía. Como su predecesor, está a una cierta distancia de Locke, de Hobbes y de Mandeville, rechaza la metafísica de Cudworth y de Clarke y parte del sentimiento. Es, pues,

el discípulo de Hutcheson. En una cosa es un discípulo original. En Hutcheson el sentimiento que sirve de principio a la moral es la benevolencia; para Smith es la simpatía» (págs. XVII y XVIII).

Cousin tal vez no conocía la escasa generosidad de Smith para reconocer las huellas de sus predecesores (23) y por ello no valoró suficientemente la influencia de Locke, que sólo aparece citado dos veces en la TMS (24), pero que proporcionó a Smith la importante idea de que la existencia de un orden constituiría la solución al problema hobbesiano y de que los hombres no tienden a destrozarse y someterse entre sí, sino a fomentar mutuamente sus intereses. Por otro lado, comprobaremos más adelante que Smith fue mucho más original de lo que estimara Cousin.

4. EL SISTEMA MORAL DE ADAM SMITH. LA CONDUCTA HUMANA EN LA «TEORÍA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES»

Las ideas de Smith sobre la conducta humana no se encuentran en la WN, de donde las han tomado básicamente los economistas, sino en la TMS. En esta obra Smith «trata de mostrar que un conjunto de 'eslabones' entre los hombres en sociedad, sus mutuas 'simpatías' y sus deseos de 'simpatizar' unos con otros, interconectan y controlan las evaluaciones de sus pensamientos y los caracteres de sus sistemas individuales de 'sentimientos morales', que fiscalizan su conducta de modo que tienden a desarrollar un consenso moral y un orden legal expresado y sostenido por éste, que define y protege, más o menos imparcialmente, un sistema consistente de derechos y libertades para todos y de recíprocas obligaciones entre todos» (Taylor, 1960, pág. 52).

El temprano olvido de esta obra, a pesar del éxito limitado que tuvo en vida de su autor, justifica en buena parte las posteriores

(23) «Smith era concienzudo, considerablemente trabajador, metódico, sereno, distinguido. Reconocía la obligación cuando el honor se lo exigía, pero sin generosidad. Nunca reveló las huellas de sus predecesores con la sinceridad proverbialmente darwiniana» (SCHUMPETER, 1954, p. 224).

(24) Smith hace una referencia irrelevante a Locke en (TMS V.iii.12) y critica abiertamente su propósito de poner en la sensibilidad, en los sentidos exteriores, la idea del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, proponiendo en cambio el concepto de alternativo y más amplio de sentimiento en (TMS VII.iii.36).

malinterpretaciones de Smith. Diversas razones pudieron influir en este olvido. En primer lugar, el propio éxito de la WN y la inexacta impresión que produjo su mensaje central predispuso a los economistas y a la comunidad de empresarios en favor de Smith, pero hizo que los moralistas, a partir de entonces, salvo en contadas ocasiones, ya no se ocuparon seriamente de él (25). En segundo lugar, debió influir el hecho de que Smith, contrariamente al utilitarismo que dominaría la ciencia económica a partir de la segunda mitad del siglo XIX, rechazó expresamente el principio básico de que la relación entre una acción y sus consecuencias debe ser la consideración fundamental de la moral. Por último, la propia dificultad de su lectura y conceptualización de su mensaje han tenido que ser también razones poderosas en este olvido.

Mayor ha sido, si cabe, el desconocimiento de esta obra en España y mucho más significativas, por tanto, las malinterpretaciones de Smith (26).

No resulta fácil resumir la compleja teoría minuciosamente elaborada y sistematizada de la TMS, especialmente porque cada concreta situación se ilustra con abundantes referencias a las reacciones comunes de los hombres y porque continuamente se solicita del lector un esfuerzo de introspección. Ya ha quedado dicho que Smith hace de los sentimientos morales la piedra angular de su teoría ética. La moral que llega a ser dominante en una sociedad es siempre el resultado conjunto de actitudes emocionales o sentimientos morales no racionales que sirve para calificar como buenas o malas las diferentes acciones específicas de la

(25) Un buen ejemplo de ello lo constituye la obra de LESLIE STEPHEN, «History of English Thought in the Eighteenth Century», 3d ed. (London, Smith, Elder and Co. 1902), donde se trata a Smith como un filósofo superficial y muy por debajo de sus contemporáneos Shaftesbury, Hume, Hutcheson y Butler (Vol. 2, pp. 71-77). En cambio, es muy significativo que un destacado darwinista como T. H. HUXLEY, en su obra «Evolution and Ethics, and Other Essays» (New-York, Apleton-Century-Croft, Inc 1894) considere a la TMS como el mejor tratamiento científico de la ética, sin importarle demasiado el carácter deístico de los elementos de la naturaleza humana que subyacen en la obra. Esto no sería para él incompatible con la idea de evolución que domina el conjunto de la obra de Smith (pp. 26-33).

(26) Sólo he localizado una tardía versión castellana de la TMS, escasamente difundida en España. Se trata de una traducción realizada por Edmun O'Gorman, con una introducción de Edward Nicol publicada en Pánuco, México 1941. Manuel Fuentes Irurozqui publicó en 1944 (Ediciones La Verdad, 1944) una obra con el título «El moralista Adam Smith, economista», que no he podido conseguir a pesar de la amable colaboración de su autor.

conducta humana. A fin de simplificar la exposición distinguiremos, como hace Taylor (1960), entre proceso de formación de los sentimientos morales y sustancia misma de la ética.

Es importante destacar que Smith hizo un gran avance científico sobre sus predecesores Shaftesbury y Hutcheson en su teoría de la conducta humana, en su visión del *proceso de formación de los sentimientos morales*. Mientras aquéllos pensaron que el hombre está dotado por la naturaleza de un sentido moral que le obliga a actuar en una determinada dirección, Smith dio un gran salto atrás al afirmar que el hombre sólo está dotado de un conjunto de «propensiones innatas» que le impulsan a «simpatizar» con sus semejantes y a desear mutuas «simpatías». Esto, claro está, no suponía romper con la tradición deística de la filosofía escocesa: «La ideal de aquel Ser Divino, cuya benevolencia y sabiduría ha trazado y conducido desde la eternidad la inmensa máquina del Universo...» (TMS VI.ii.3.5) o «La administración del gran sistema del Universo, sin embargo, el cuidado de la felicidad universal de todos los seres racionales y sensibles es asunto de Dios y no del hombre» (TMS VI.ii.3.6). Pero suponía, en cambio, romper con el individualismo metodológico que caracteriza a toda esta escuela y que a través de J. S. Mill (1843) llegaría a los economistas posteriores.

El concepto de simpatía en Smith es mucho más amplio de lo que sugiere la acepción normal del término:

«Piedad y compasión son palabras apropiadas para significar nuestra afinidad con el dolor de otros. El término simpatía, aunque originariamente tuviera el mismo significado, puede ahora, sin embargo, usarse, sin mucha impropiedad, para demostrar nuestra afinidad con cualquier pasión» (TMS I.i.1.3).

La simpatía de Smith no es el egoísmo hedonista de Hobbes, ni el altruismo de Shaftesbury, ni el egoísmo amable de Hume, ni siquiera la benevolencia de Hutcheson. Es el compendio de todo ello, la afinidad que sentimos con cualquier «pasión» sentida por nuestro prójimo. Y lo que es importante, el origen de este sentimiento es una propensión innata en el hombre. Así comienza la TMS:

«Cualquiera que sea el grado de egoísmo que pueda suponerse en el hombre, hay evidentemente algunos principios en su naturaleza que le hacen interesarse por lo que le ocurre a los demás y que le hacen necesaria la felicidad de éstos, aunque no saque nada, sino el placer de ser mero testigo» (TMS I.i.1.1).

Para explicar los juicios morales acerca de la conducta de los otros, Smith jugó normalmente con un triángulo —el espectador, el actor y una tercera persona que puede ser beneficiada o perjudicada por la acción del sujeto cuya conducta se analiza—. Este triple juego ha hecho enormemente complicado el análisis de sus ideas y ha sido la principal fuente de las malinterpretaciones.

Smith estuvo persuadido de que en la formación de nuestras ideas morales vamos de nuestros semejantes a nosotros mismos y no de nosotros a nuestros semejantes, hasta el punto de que si viviésemos aisladamente y no hubiésemos tenido oportunidad de juzgar las acciones de otros no podríamos juzgar las nuestras. Lo prueba definitivamente el subtítulo que él mismo dio a la TMS: «Ensayo analítico sobre los principios de los juicios que los hombres forman naturalmente, primero sobre las acciones de los otros, después sobre las acciones propias.» Por ello, el personaje central del triángulo es el espectador. Smith distinguió entre el espectador externo (espectador real) y el espectador interior (el hombre «dentro del pecho»).

Para que el espectador exterior pueda juzgar las acciones de otro debe conocer los sentimientos de aquél y los móviles de su conducta, «introducirse en su propia casa». Sólo después de esto y «poniéndose en el lugar del otro» podrá aprobar su conducta en caso de que sus propios sentimientos coincidan con los de su prójimo. Pero si el espectador fuese incapaz de simpatizar, porque los sentimientos del actor fuesen mucho más fuertes o mucho más débiles o de distinta clase a los que él mismo sentiría en el lugar de aquél, entonces la desaprobación sería automática. Con ello, sin embargo, el juicio todavía sería incompleto, ya que se referiría exclusivamente a la «propiedad» o «impropiedad» de la conducta.

La aprobación total de una acción exige algo más, exige una referencia a la persona beneficiada o perjudicada por los efectos de

la misma. Si la acción perjudica a una persona, que muestra su resentimiento, y el espectador, poniéndose en su lugar, simpatiza con sus sentimientos, la acción no puede ser aprobada plenamente aunque sea «propia». También sería imperfecta la moralidad de una acción que perjudica a unos y beneficia a otros, a tenor de los sentimientos del «espectador imparcial». Para que una acción sea moralmente perfecta no sólo basta que sea «propia», sino que sea digna de «mérito».

«... el sentimiento del que procede cualquier acción y del que depende su total virtud o vicio puede ser considerado bajo dos aspectos diferentes...: primero, en relación con la causa u objeto que lo excita; y segundo, en relación con el fin que se propone o con el efecto que tiende a producir: de la adecuación o inadecuación, de la proporción o desproporción que los sentimientos parecen tener con la causa u objeto que los excita depende la propiedad o impropiidad... de la acción que le sigue; y de los efectos beneficiosos o perniciosos que los sentimientos se proponen o tienden a producir depende el mérito o demérito...» (TMS II.i.Introd.2).

Podría deducirse de la exposición anterior que muchas acciones serán moralmente imperfectas por afectar en sentido opuesto a diferentes grupos sociales y que los juicios sobre tales acciones podrían contribuir a ampliar los efectos del conflicto. Smith llegó a una conclusión diferente: Las diferencias en los sentimientos de espectadores y actores llegan a crear unos mecanismos de ajuste que conducen finalmente a una situación de «equilibrio». Cuando un suceso produce sentimientos muy fuertes en un sector de la sociedad y muy débiles en otro, el deseo de simpatizar unos con otros llega a modificar, aproximándolos, los sentimientos de ambos grupos. Este tipo de interacciones permite influir en la conducta futura de espectadores y actores, que se moverán en el sentido de intensificar sus mutuas simpatías, creando con ello una malla común en la que se armonizarán las conductas de todos los individuos que integran la sociedad.

Pero esto no es todo en el proceso de formación de los juicios morales, ya que queda por conocer cómo analizó Smith el modo en que llegamos a juzgar nuestros propios actos. Para ello intro-

dujo el concepto de «espectador interno u hombre dentro del pecho», aquel hombre que como fruto de su experiencia en juzgar las acciones de los demás y en ser juzgado por ellos llega a adquirir una determinada conciencia. Es este hombre, con una «perfecta información» sobre los motivos e intenciones del actor, de él mismo, quien tiene la función de juzgar y controlar sus sentimientos y las acciones derivadas de los mismos, en base a los patrones derivados de la experiencia.

Y aún juega otro importante papel este espectador interior. De la idea de que la naturaleza dotó al hombre de «un deseo original de agradar y de una aversión original de ofender a sus hermanos» (TMS III.2.6), podría inferirse que Smith sostuvo una ética de simple conformidad con la opinión pública (27). Pero él mismo afirmó expresamente lo contrario:

«Pero este deseo de aprobación y esta aversión a la desaprobación de sus hermanos no le habrían vuelto apto, por sí solo, para la sociedad para la que fue hecho. La naturaleza, en conformidad, le ha dotado no sólo de un deseo de ser aprobado, sino de un deseo de ser lo que debería ser aprobado; o de ser lo que él mismo aprueba en otros hombres. El primer deseo podría hacerle querer aparecer como apto para la sociedad. El segundo era necesario en orden a hacerle querer con ansiedad ser realmente apto. El primero podría haberle sólo

(27) Así lo entendió COUSIN (1850): «La consecuencia necesaria del principio de la simpatía es que no existe regla o que la única regla es la búsqueda de la opinión» (p. XXXV). Y también: «La cuestión está en saber si la acción es buena o mala porque exista aquel sentimiento de simpatía o antipatía, o, si excita el sentimiento de simpatía o antipatía porque es buena o mala. Esta es la cuestión que Smith debería haber madurado antes de adoptar una de las dos soluciones que comporta. Lejos de esto, Smith, impresionado por el fenómeno de la simpatía, no ha advertido que este fenómeno es un efecto y él lo ha tomado por una causa, por la causa de toda moralidad (pp. XXX y XXXI).

Sin embargo, el propio Smith, que vio esta dificultad, hizo lo posible por aclarar su concepto de espectador imparcial perfectamente informado: «Sir Gilbert Elliot había objetado al tratamiento que Smith hacía del espectador imparcial en la primera edición de la TMS que si la conciencia era un puro reflejo de actitudes sociales, ¿cómo podía aquélla diferir o ser superior a la opinión pública?; Smith contestó a ello mejorando notablemente su concepto de espectador imparcial perfectamente informado en las ediciones segunda y sexta» (D. D. RAPHAEL y A. L. MACFIE, 1976, p. 16).

Una exposición completa de este tema puede verse en D. D. RAPHAEL, «The Impartial Spectator», *Essays on A. Smith*, Part. I, 89. Clarendon Press, Oxford, 1976.

incitado a simular la virtud y encubrir el vicio. El segundo era necesario para inspirar en él el amor real a la virtud y el aborrecimiento del vicio» (TMS III.2.7).

Esta nueva hipótesis sobre las propensiones originales de la naturaleza humana liberó a Smith ciertamente de las acusaciones de mantener una moral de la opinión pública, pero pudo haberle llevado a una importante contradicción: ¿Es la razón la que interviene en la elaboración de los juicios morales, a través de un complicado proceso de introspección, o son los simples sentimientos, tal como él estaba sosteniendo?

Esta nueva dificultad la resolvió también expresamente, concretando el papel que juega la razón y llegando con ello al punto culminante de su análisis. El espectador interno posee la «información» suficiente para juzgarse a sí mismo, puede juzgarse como lo harían los demás si pudiesen verle como él mismo se ve. Sin embargo, un juicio correcto requiere también un cierto grado de «imparcialidad»:

«Hay dos ocasiones en las que examinamos nuestra conducta y tratamos de verla a la luz que el espectador imparcial podría hacerlo: primero, cuando vamos a actuar; y segundo, después que hemos actuado. Nuestras observaciones tienden a ser muy parciales en ambos casos, pero más parciales aún cuando es de la mayor importancia que fueran de otra manera» (TMS III.4.2).

Cuando vamos a actuar, las emociones violentas que sentimos nos hacen malinterpretar los hechos; y aun cuando tratemos de colocarnos en la situación de otro, un impulso poderoso nos hace volver a nuestro propio puesto, donde todo aparece magnificado y malrepresentado por el amor de uno mismo. No es éste el momento de juzgar nuestros sentimientos y acciones porque todo se aparece balanceado a nuestro favor. Cuando la acción ha terminado, es tan desagradable pensar mal de nosotros mismos que tratamos a toda costa de apartar de nuestra consideración todas aquellas circunstancias que pudieran hacer nuestros juicios desagradables.

«La naturaleza, sin embargo, no ha dejado esta debilidad

(de la humanidad), que es de tanta importancia, completamente sin remedio; ni nos ha abandonado a los engaños del amor propio. Nuestras continuas observaciones de la conducta de otros, nos conduce insensiblemente a formarnos ciertas reglas generales en relación con lo que es conveniente y propio para ser hecho o para ser evitado» (TMS III.4.7).

Para Smith, tales «reglas» no son más que «generalizaciones inducidas» de todas nuestras particulares experiencias, que llegan a constituir un código a la luz del cual pueden juzgarse todos los sucesos aislados de nuestra conducta:

«Así es cómo se forman las reglas generales de moralidad. Están fundadas últimamente en la experiencia de lo que nuestras facultades morales, nuestro natural sentido del mérito y la propiedad, aprueba o desaprueba en casos particulares. En principio, no aprobamos o condenamos acciones particulares a causa de que después de examinadas estén de acuerdo o no con una cierta regla general. La regla general, por el contrario, se forma sacando de la experiencia que todas las acciones de una cierta clase, o circunstancias de un cierto modo, son aprobadas o no» (TMS III.4.8).

Hasta aquí el proceso de formación de los sentimientos morales, según Smith. Veamos ahora *la sustancia de su moral natural*. Prescribe éstas tres virtudes fundamentales, la prudencia, la justicia y la benevolencia.

«El cuidado de la salud, de la fortuna, del rango y reputación del individuo, de los objetos de los que se supone depender su confort y felicidad en esta vida, es considerado como el asunto propio de aquella virtud que es llamada comúnmente Prudencia» (TMS VI.i.5).

Se reconocerá fácilmente en la Prudencia de Smith el concepto de hombre-económico-racional-egoísta que se supone ser el protagonista de la WN y que más tarde, traspasando sus páginas, se incorporará a la teoría económica como una de las principales hipótesis sobre el comportamiento humano. Pero nótese que, para Smith, la prudencia es una virtud que opera protegiendo al mis-

mo tiempo los propios intereses de cada hombre que «como decían los estoicos, está primera y principalmente encomendado a su propio cuidado» (TMS VI.ii.1.1), dentro del marco de un clima social y orden legal que asegura la justicia y promueve la benevolencia entre los individuos. El deseo de «mutuas simpatías» sitúa dentro de ciertos límites ese amor por uno mismo que para Smith no es sino una virtud. Así lo prueban sus conceptos de justicia y benevolencia.

La justicia es una virtud que nos mueve a no perjudicar a los demás en la persecución de sus respectivos intereses propios. La benevolencia va más allá de la propia justicia, induciéndonos a beneficiarlos positivamente. La justicia no es sino esa actitud de simpatía que nos induce a sentir con los demás y a considerar sus derechos tan legítimos como los nuestros, creando la obligación de respetarlos. «La benevolencia es siempre libre» y su ausencia sólo origina la repulsa del espectador imparcial.

Smith marcó bien los límites entre justicia y benevolencia, y destacó la vinculación de aquélla con los sentimientos naturales del hombre y con sus interacciones sociales, aun cuando también reconociera la influencia que la prudencia podría tener en su mantenimiento.

«Aunque la naturaleza, por ello, exhorta a la humanidad a actos de benevolencia, por el agradable reconocimiento interior de la recompensa merecida, no ha pensado que sea necesario guardar y reforzar su práctica mediante el miedo al castigo correspondiente en caso de que fuese olvidada. Es el ornamento que embellece, no el cimiento que soporta el edificio... La justicia, por el contrario, es el principal pilar que soporta la totalidad del edificio. Si se mueve, la gran, la inmensa fábrica de la sociedad humana... tiene que desmenuzarse en átomos en un momento» (TMS II.ii.3.4).

Y, más adelante:

«El hombre, se ha dicho, tiene un amor natural por la sociedad y desea que la unión de la humanidad sea preservada por su propio beneficio, y aunque no se derive para él interés alguno... Desde este punto de vista, por tanto, aborrece cualquier cosa que pueda destruir la sociedad y desea hacer

uso de cualquier medio que pueda impedir tan detestable y horrible suceso. La injusticia necesariamente tiende a destruirla. Cada aparición de injusticia, por ello, le alarma, y corre, si puede hacerlo, a detener el progreso de lo que, si se permite continuar, pondrá fin a todo lo que le es querido. Si no puede detenerla por métodos suaves y justos, tiene que conseguirlo por la fuerza y la violencia, y a cualquier precio tiene que poner fin a su mayor progreso. De aquí que a menudo apruebe el reforzamiento de las leyes de justicia, incluso mediante la pena capital de quienes la violan...» (TMS II.ii.3.6).

Llegados a este punto, creo que podemos hacer algunas *generalizaciones acerca de la teoría general de la conducta humana* en Smith. Nos referiremos principalmente a las ideas contenidas en la TMS y completaremos el cuadro refiriéndonos a la WN en el próximo epígrafe.

En primer lugar, hay que destacar que en Smith la conducta humana se integra dentro de su concepto más amplio de *sistema*, dentro de ese proceso social automático que tiende a asegurar la armonía de la conducta libre y espontánea de todos con las exigencias del bienestar común. Un complicado proceso socio-psicológico, que consiste en el intercambio de mutuas simpatías, configura un modelo de sentimientos morales comunes y un conjunto de normas morales y legales espontáneamente aceptadas, que llegan a constituir un sistema u orden legal justo en el que el individuo, movido por la prudencia, trata de mejorar su condición respetando los intereses que corresponden en justicia a su prójimo. Este planteamiento, como ha señalado T. D. Campbell (1971), «libera a Smith de una estrecha psicología individualista y convierte su teoría... en un tipo de sociopsicología» (pág. 68).

Esto no significa que Smith llegara a un holismo metafísico, en el sentido de que el sistema social es un todo orgánico cuyas partes componentes son seres humanos individuales cuya conducta está determinada por las leyes funcionales del todo. Ni siquiera tuvo necesidad de sacrificar la identidad o autonomía del individuo, ya que éste acepta voluntariamente las normas que llegan a ser dominantes en la sociedad. Por ello también las acciones humanas sólo son predecibles cuando han llegado a estructurarse

espontáneamente dentro de un orden legal y moral aceptado por todos.

Tampoco significa esto negar que Smith defendiera un individualismo liberal, un mundo de hombres libres que tratan de llegar a las mayores cotas de entendimiento a través de sentimientos de mutuas simpatías. Sin embargo, el hombre de Smith es un hombre fundamentalmente social: «¿Qué felicidad más grande que ser amados y conocer que merecemos ser amados? ¿Qué desdicha mayor que ser odiados y conocer que merecemos ser odiados?» (TMS III.i.6).

En segundo lugar, Smith no se aferró a una moral absoluta. Sus famosas «leyes de la naturaleza» no son otra cosa que generalizaciones inducidas a partir de situaciones concretas. Por ello, la conducta humana podía cambiar a lo largo del tiempo por influencia de la moda o de la costumbre o modificarse sustancialmente por la educación. Smith frecuentemente insiste en la distinción entre pasiones «originales» y «secundarias». Sólo las pasiones originales constituyen los principios inalterables de la naturaleza humana, que «aunque puedan ser desviados un poco, no pueden ser completamente pervertidos» (TMS V.2). Y estas pasiones originales son muy pocas: Las derivadas de ciertas disposiciones del cuerpo, tales como el hambre y el sexo, o las derivadas de la naturaleza social del hombre, tales como el deseo de mutuas simpatías. Por ello, no puede inferirse que el modelo de sociedad de Smith sea un modelo cerrado, sino sujeto a las mismas transformaciones que las reglas morales y legales y que las instituciones. «Es mediante la *evolución gradual* de reglas y costumbres morales a partir de innumerables casos cómo desarrollamos aquellas instituciones humanas que son a la vez la salvaguardia y los puntos de progreso de las sociedades humanas. En ellas se reconcilian hasta ahora las tensiones entre el amor propio y la benevolencia, entre el sentimiento y la razón, no de un modo absoluto, sino 'ambulando' pragmáticamente» (Macfie, 1967, pág. 57). Y «... es evidente que la forma del argumento usado descubre que Smith estuvo persuadido del hecho de que la experiencia humana puede variar; un punto que se formula explícitamente en la TMS y que se refleja en el hecho de que no trató de definir el contenido de

las reglas generales, sino en los términos más amplios» (R. H. Campbell y A. S. Skinner, 1976, pág. 16) (28).

En tercer lugar, Smith *no fue un racionalista-utilitarista*. Una acción puede calificarse como racional si se ejecuta porque el agente piensa que puede servir para la consecución de un determinado fin. En el sistema de Smith los actos se consideran como una consecuencia espontánea de los sentimientos. Como ha señalado J. R. Lindgren (1973): «Contrariamente a los utilitaristas de los siglos XIX y XX, Smith rechazó la pretensión de que la relación entre una acción y sus consecuencias sea la consideración fundamental del discurso moral. Para él la utilidad de un acto es posterior a la cuestión de su 'propiedad', aunque la utilidad fuese concebida como una proporción estética entre medios y fines... como Smith pensó que Hume (29) lo había hecho, o como una cuestión de eficiencia productiva como lo harían los utilitaristas y economistas posteriores» (pág. 35). Incluso la propensión al intercambio que tan importante papel jugaría en la economía de Smith, es concebida más como una respuesta inmediata, a corto plazo, que como un modo de proveer al mayor interés propio a largo plazo: «Esta división del trabajo, de la que se derivan tantas ventajas, no es en su origen el efecto de cualquier premeditación humana que prevea y se proponga aquella general opulencia que genera dicha división. Es la necesaria aunque lenta y gradual consecuencia de cierta propensión natural del hombre que tiene por objeto una mayor utilidad: la propensión a negociar, cambiar o permutar una cosa por otra» (WN I.ii.1).

Al tratar de los diferentes sistemas de filosofía moral, Smith dejó bien clara su posición sobre el particular:

«Aunque el patrón por el que la casuística determina frecuentemente lo que está bien o mal en la conducta humana sea su tendencia hacia el bienestar o desorden de la sociedad,

(28) La exposición de las diferentes etapas de la sociedad (WN V.i) es una confirmación expresa de este punto de vista.

(29) Hume empleó también el término *simpatía* como una pieza clave de su ética, pero lo hizo de un modo diferente a Smith. Para Hume, los sentimientos morales en contra de una acción injusta o en favor de una ley que la penalice tienen su origen en un deseo general de «utilidad social», de felicidad general. Smith mantuvo que los sentimientos son demasiado instantáneos e irreflexivos como para tomar en consideración sus consecuencias sobre la felicidad de la sociedad.

respectivamente, no se sigue de ello que la consideración del bienestar de la sociedad deba ser el único motivo de acción virtuoso...» (TMS VII.ii.3.17) (30).

En cuarto lugar, por último, conviene señalar que lo más parecido que se encuentra al «homo oeconomicus» en los escritos de A. Smith es ese *hombre-prudente-justo-benevolente*, cuya conducta está dictada no sólo por su deseo de obtener riqueza, de «mejorar su condición», sino por un conjunto de consideraciones morales. Ese «homo oeconomicus» es a la vez un hombre prudente que persigue su propio interés, un hombre justo que evita perjudicar a sus semejantes en lo que son sus legítimos intereses y un hombre benevolente que sintoniza con los sentimientos de los demás.

«No es la benevolencia del carnicero, del vinatero, del panadero, sino de sus miras al interés propio de lo que esperamos nuestro alimento» (WN I.ii.2).

Y,

«La sociedad puede subsistir entre los diferentes hombres, como entre los diferentes mercaderes, por un sentido de su utilidad, sin ningún tipo de amor o afecto mutuo; y aunque ningún hombre tuviese obligación alguna dentro de ella o estuviese ligado por gratitud a cualquier otro, aún podría sostenerse por un mercenario cambio de prestaciones según una valoración convenida» (TMS III.ii.3.3).

Pero también,

«En la carrera por la riqueza, honores y dignidades, el hombre puede correr tanto como pueda y estirar cada nervio y cada músculo en orden a aventajar a sus competidores. Pero si empujara o derribara a alguno de ellos, la indulgencia

(30) Muchos autores han alineado a Smith entre los utilitaristas por no haber entendido bien los fundamentos no racionales del tipo de conducta que proponía. Por ejemplo, «Como lo dijera Lord Robbins, aunque Smith utiliza frecuentemente la terminología del *Naturrecht*, sus argumentos son de igual modo consistentemente utilitarios por su carácter» (M. DOBB, 1973, p. 54).

de los espectadores acabaría completamente. Es una violación del juego limpio que no pueden admitir. Este hombre es para ellos, desde todos los puntos de vista, tan bueno como aquél: Ellos no entran en el amor propio por el que aquél se prefiere a sí mismo mucho más que a este otro, y no pueden estar de acuerdo con el motivo por el que le perjudica. Por ello, inmediatamente simpatizan con el resentimiento del perjudicado, y el ofensor se convierte en el objeto de su odio y su indignación» (TMS II.ii.2.2).

No resulta difícil entender que Smith sostuviese que esta conducta de los individuos en sociedad —conducta impulsada fundamentalmente por el interés propio, pero controlada por los sentimientos morales, por las reglas sociales, por las normas jurídicas y por el propio mercado— fuese beneficiosa no sólo para los individuos-actores, sino para toda la sociedad.

5. RELACION ENTRE LA «TEORIA DE LOS SENTIMIENTOS MORALES» Y LA «RIQUEZA DE LAS NACIONES». «EL PROBLEMA DE SMITH»

A los diecisiete años de la aparición de la TMS, después de diez años de trabajo en solitario en Kirkcaldy, su pueblo natal, Smith publica su definitiva versión de la *Riqueza de las Naciones* (1776) (31). En esta obra recogía lo que constituía la cuarta parte de su curso de «Filosofía Moral», en Glasgow, cumpliendo así parte de la promesa que hiciera en el último párrafo de la TMS.

(31) Un Informe, copiado en 1766, sobre las lecciones de jurisprudencia dadas por Smith en 1763-64 fue encontrado y publicado por Edwin Cannan en 1896. Un Informe posterior sobre las lecciones dadas en 1762-63 ha sido encontrado más recientemente. También se dispone de un manuscrito que W. R. Scott llamó «Un temprano borrador de parte de la Riqueza de las Naciones» y que publicó en su «Adam Smith como estudiante y profesor». Estos documentos prueban que Smith había avanzado bastante en su estudio de la economía durante su etapa como profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow y que aquella constituyó efectivamente una parte de su curso. Por ello, la acusación de que empezó a estudiar economía después de los contactos con los fisiócratas en sus viajes a Francia (1764-1766) carecen de todo fundamento. (Véase D. D. RAPHAEL y A. L. MACFIE, 1976, p. 23).

Se ha dicho por muchos que en estos diecisiete años Adam Smith modificó considerablemente sus puntos de vista sobre la naturaleza humana y que también cambió sus concepciones filosóficas en general. El origen de esta creencia hay que buscarlo en la obra de los economistas de la «vieja escuela histórica» alemana y muy especialmente en la de Bruno Hildebrand (1848) y C. G. A. Knies (1853), sobre la que tanta influencia, por otra parte, tuvieron las ideas económicas de A. Smith (32). Creyeron encontrar éstos una gran inconsistencia entre el énfasis que Smith había puesto en su primera obra en presentar la «simpatía» entre los hombres como la base de la moral constitutiva de cada comunidad y el énfasis puesto en la segunda sobre el interés propio como motivo principal de la conducta económica del hombre. Y atribuyeron este cambio de actitud al viaje de Smith a Francia y a su consiguiente contacto con los fisiócratas en el intermedio de la publicación de ambas obras. Fueron ellos quienes acuñaron la expresión «Das Adam Smith Problem» para referirse a su fracaso en interpretar consistentemente cada uno de estos libros en términos del otro.

La mayor parte de las explicaciones que se han dado posteriormente para tratar de explicar y superar el problema no son en absoluto satisfactorias.

Después de 1776 Smith tuvo oportunidad de modificar su TMS, pues aún se publicaron tres ediciones más de la misma antes de su muerte. De hecho lo hizo, especialmente en la sexta edición, en la que introdujo cambios sustanciales y añadió la totalidad de la Parte VI. Sin embargo, su concepción de la conducta humana y de la ética, en general, son básicamente las mismas en la edición sexta de 1790 y en la edición primera de 1759. La hipótesis de que el filósofo moral que hizo de la simpatía la base de la conducta social diera un giro de noventa grados desde la teoría supuestamente basada en el altruismo de la TMS a la teoría supuestamente basada en el egoísmo, que caracterizaría a la WN, carece de todo fundamento. Como carece de todo fundamento atribuir este cambio a la influencia de los fisiócratas que conoció en París en 1766, según ha demostrado el hallazgo de algunos

(32) Véase C. W. HAYEK, «The Introduction of A. Smith's Doctrines into Germany», Columbia University, New York, 1925.

borradores de WN anteriores a este viaje, en los que ya se contenían las líneas maestras de lo que había de ser la WN de 1776.

Tampoco es sostenible el temprano intento de H. T. Buckle (1861) de salvar la consistencia entre la TMS y la WN: «Para entender la filosofía de éste, con mucho el más grande de los pensadores escoceses, ambos trabajos tienen que ser tomados juntos y considerados como uno solo, puesto que son en realidad dos divisiones de un único tema. En la TMS investiga la parte 'simpática' de la naturaleza humana; en la WN investiga la parte 'egoísta'. Y como todos nosotros somos tanto 'simpáticos' como 'egoístas', y como esta clasificación es una primaria y exhaustiva división de nuestros motivos para la acción, es evidente que si A. Smith hubiese acabado completamente su vasto proyecto, habría elevado al mismo tiempo el estudio de la naturaleza humana a una ciencia...» (págs. 432-3). Buckle confundió el principio de la simpatía, que inspira toda la filosofía de Smith, con los motivos para la acción e identificó erróneamente la simpatía con el altruismo. Estos graves errores en la misma base de su interpretación contribuyeron muy considerablemente a retrasar la auténtica solución del problema.

Un intento más reciente y más atinado es el de R. H. Campbell y A. S. Skinner (1976), quienes admitiendo que la obra económica de Smith fue pensada para seguir a su tratamiento de la ética y de la jurisprudencia, y, por tanto, para añadir algo a nuestros conocimientos de las actividades del hombre en sociedad, fue concebida, sin embargo, de un modo muy especial. «... El análisis económico envuelve un alto grado de abstracción, que puede ser visto en varios puntos. Por ejemplo, en su obra económica, Smith se ocupó sólo de algunos aspectos de la psicología del hombre, y de hecho limitó su atención a las propensiones, a la consideración de uno mismo... Más aún, Smith no se ocupó, al menos en su análisis formal, de otro nivel de experiencia moral o social que el envuelto en un 'mercenario cambio de prestaciones según una valoración convenida'; brevemente, todo lo que requiere la actividad económica es una situación donde se den unas mínimas condiciones de justicia. Dada esta premisa básica, junto a la hipótesis del

interés propio, Smith comenzó a explicar la interdependencia de los fenómenos económicos» (pág. 19).

A mi juicio, Campbell y Skinner aciertan cuando se refieren a que la economía no es sino una parte de la filosofía moral de Smith, en cuyo contexto debe ser entendida. Aciertan también al citar el importantísimo párrafo II.ii.3.2 de la TMS, que nos permite asegurar que en 1759 ya había consolidado Smith la idea de relaciones económicas que constituiría la base de la WN. Sin embargo, de ese párrafo, en conexión con los inmediatamente anterior y posterior (33), no puede inferirse que la WN contenga un puro análisis «formal», ni que la justicia juega un papel tan insignificante en el sistema. La mente filosófica que fue Smith limitó drásticamente el carácter estrictamente analítico de su obra económica (34), pero hizo imposibles las contradicciones básicas que se le imputan en su teoría de la conducta humana.

(33) «Es así cómo el hombre, que sólo puede subsistir en sociedad, fue acomodado por la naturaleza para esta situación para la que fue hecho. Todos los hombres de la sociedad humana necesitan de una mutua asistencia y están asimismo expuestos a daños mutuos. Cuando la asistencia necesaria es proporcionada recíprocamente por amor, por gratitud, por amistad y estima, la sociedad prospera y es feliz...

Pero aunque la necesaria asistencia no fuese proporcionada por tan generosos y desinteresados motivos..., la sociedad, aunque menos feliz y agradable, no se disolvería necesariamente. Y aunque ningún hombre tuviese obligación alguna dentro de ella o estuviese ligado por gratitud a cualquier otro, aún podría sostenerse por el mercenario cambio de prestaciones de acuerdo con una valoración convenida.

La sociedad, sin embargo, no puede subsistir entre aquellos que están en todo momento listos para dañarse y herirse unos a otros... La benevolencia, por ello, es menos importante para la existencia de la sociedad que la justicia. La sociedad puede subsistir, aunque no de la mejor forma, sin benevolencia, pero si la injusticia prevalece la destruye necesariamente de un modo total» (TMS II.ii.3.1-3).

(34) Sólo esto explica, por ejemplo, que habiendo estado tan cerca de la teoría del valor-trabajo no llegara a formularse con el rigor con que lo hiciera más tarde Ricardo. Habiendo concebido inicialmente el trabajo como una idea filosófica (como la única potencia productiva del hombre) logró desembarazarse parcialmente de las limitaciones analíticas que esto suponía al distinguir entre trabajo productivo e improductivo. Estas mismas limitaciones, sin embargo, contribuyeron a que pudiese dar un paso definitivo en la teoría del valor concediendo igual importancia a los productos de la agricultura, de la industria y del comercio. Su concepción filosófica general le llevaría también, después de haber hecho de la división del trabajo el principio básico del progreso económico, a proponer la educación, asumida por el Estado, como el único medio de luchar contra los gravísimos efectos de aquélla. Véase WN (I.i), donde Smith refiere las grandes ventajas que se derivan de la división del trabajo, pero también los párrafos menos conocidos (WN V.i.f.50 y sigs.), donde analiza sus desastrosas consecuencias y propone remedios.

Tras esta referencia al llamado «Problema de Smith» y a algunos de los intentos de solución al mismo, nuestro propósito a continuación es doble: Primero, presentar nuestra propia interpretación de la consistencia entre la conducta humana presentada por Smith en la TMS y en la WN. Segundo, analizar cómo la simpatía, base de la conducta humana en el sistema filosófico de Adam Smith, provee un instrumento valioso para la reinterpretación de su teoría económica, en especial de su teoría sobre la actividad económica del sector público.

A) *Consistencia entre la conducta humana de la TMS y de la WN*

Hemos de referirnos una vez más a que el concepto de «simpatía» en Smith no es un mero sentimiento de piedad hacia los desafortunados. Simpatizar con otro es «meterse en sus propios zapatos», es participar con la imaginación en los sentimientos de otra persona, tanto en los derivados de la buena como de la mala fortuna. La simpatía es la pieza clave en el proceso de formación de los sentimientos morales y éstos son la base de la conducta humana y de la moral en Smith. Puede simpatizarse con la actitud benevolente de los demás, pero también con aquella conducta que persigue el interés propio, con la conducta del hombre «prudente» que cuida de mejorar su situación, cumpliendo así una imposición de la naturaleza.

Vimos cómo el juego de mutuas simpatías entre todos los individuos genera un conjunto de sentimientos comunes que produce un sistema de reglas morales y jurídicas libremente aceptado por todos. Cada cual, en su deseo de mejorar su situación, persiguiendo su propio interés, ha de moverse dentro de los límites que le impone el sistema, respetando el interés propio de todos los demás. El proceso económico descrito en la WN opera dentro de esta estructura legal y moral que permite la satisfacción de las necesidades de cada individuo y el bienestar general de todos. La simpatía moviliza y limita el conjunto de fuerzas que hacen posible el funcionamiento de la sociedad: el interés propio, la benevolencia, el dominio de sí mismo y el control legal.

Smith se refiere muy pocas veces a la simpatía en la WN, lo que no le ha beneficiado mucho en las acusaciones de inconsistencia. Sin embargo, lo más que es posible apreciar es un ligero cambio de tono en el uso que hace del interés propio en la TMS y en la WN:

«Cada hombre está, sin duda, por naturaleza, primero y principalmente encomendado a su propio cuidado» (TMS II. ii.2.1).

«Pero el principio que inspira a ahorrar es el deseo de mejorar nuestra condición, un deseo que aunque generalmente tranquilo y desapasionado viene con nosotros desde la matriz y no nos abandona hasta la tumba» (WN II.iii.28).

«Cada hombre, como los estoicos acostumbraban a decir, está primera y principalmente encomendado a su propio cuidado» (TMS VI.ii.11).

Tampoco le benefició demasiado su metáfora de la «Invisible Hand» ni el desafortunado uso que los economistas han hecho de ella. «La metáfora de la mano invisible —aunque usada por Smith en muy pocas ocasiones— fue particularmente desafortunada porque le dejó abierto a un ataque fácil y a un inmerecido ridículo, como el Dr. Panglos del sistema capitalista primitivo» (Wilson, 1976, pág. 78). En realidad, Smith sólo usó la expresión en dos ocasiones, una en la TMS y otra en la WN y en ambas con idéntico significado, lo que es una prueba más de la consistencia entre ambas obras (35).

«Los ricos sólo eligen del montón lo que es más precioso y agradable. Ellos consumen poco más que los pobres y a pesar de su natural egoísmo y rapacidad, aunque piensen sólo en su propia conveniencia, aunque el único fin que se propongan con el trabajo de todos los miles que ellos emplean sea la gratificación de sus vanos e insaciables deseos, dividen con el pobre el producto de todos sus progresos. Ellos son

(35) Anteriormente, Smith había usado por primera vez la expresión «invisible hand» en *Astronomy* III.2 para referirse a que en las primitivas religiones los fenómenos sobrenaturales eran atribuidos a la mano invisible de Júpiter. El significado, por tanto, era muy diferente al de las otras dos ocasiones. Véase sobre el particular A. L. MACFIE, «The Invisible Hand of Jupiter», *Journal of the History of Ideas*, XXXII, 1971, 595-9.

conducidos por una *mano invisible* para hacer casi la misma distribución de lo necesario para vivir que habría sido hecha si la tierra hubiera sido dividida en iguales porciones entre todos los habitantes y así, sin intentarlo, sin saberlo, mejoran el interés de la sociedad y producen medios para la multiplicación de las especies» (TMS IV.i.10).

«Cada individuo trabaja necesariamente para hacer la renta anual de la sociedad tan grande como pueda. Por supuesto, generalmente ni intenta promover el interés general ni conoce en cuánto lo promueve. Cuando prefiere la industria nacional a la extranjera intenta sólo su propia seguridad; y cuando dirige la primera de forma que su producto sea del mayor valor posible, intenta sólo su propio ganancia y, en este caso, como en otros, está conducido por una *mano invisible* para promover un fin que no formó parte de sus intenciones... Persiguiendo su propio interés frecuentemente promueve el de la sociedad más efectivamente que cuando realmente intenta promoverlo» (WN IV.ii.9).

El paralelismo entre ambos textos, si se exceptúa que la TMS se refiere a la distribución de recursos y la WN a la maximización del producto, es prácticamente total. El interés propio opera en beneficio del interés general porque el juego de simpatías mutuas genera un sistema de reglas morales y legales, en cuyo marco se compatibilizan los intereses de todos los individuos. La actividad económica no es, por tanto, un juego de suma cero, en el que una parte gana y la otra necesariamente pierde.

El mercado de Smith es un mecanismo para resolver problemas económicos básicos y para producir «orden» sin una dirección central. Pero el mercado es sólo una de las diferentes instituciones que obligan al hombre a perseguir su propio interés de un modo social, no antisocial. Como ha dicho Rosenberg (1960): «El sistema de precios, como Smith lo vio, era un mecanismo intensamente coercitivo (que) vinculaba la fuerza dinámica y poderosa del interés propio al bienestar general» (pág. 558). Smith estuvo más interesado en presentarnos el mercado como un mecanismo regulador del interés propio que como mecanismo que optimiza «a priori» los resultados de la actividad económica. Aunque

volveremos más tarde sobre ello, resulta tremendamente esclarecedor destacar cómo incluso en el famoso párrafo de la mano invisible de la WN se dice que sólo «frecuentemente» se promueve el interés de la sociedad persiguiendo el interés propio. El mercado es una institución de *control social* que opera junto a las restantes instituciones emanadas de las reglas morales y jurídicas y que ha de ser entendido, por tanto, dentro del amplio sistema de Smith, diseñado para producir orden. Para Rosenberg (1965) está claro que «uno de los temas mayores de la WN es, desde luego, su examen exhaustivo de la manera en que el orden institucional estructura la adopción de decisiones de los individuos, armonizando el interés privado y el social unas veces, enfrentándolos otras» (pág. 129).

El sistema de Smith es un sistema de *libertad controlada*. Lo importante no es sólo el interés propio, como tan frecuentemente se ha dicho, sino la socialización del individuo a través del establecimiento de un conjunto de normas morales y jurídicas que condicionan toda su conducta social. Como ha señalado W. Coats (1975), el interés propio no opera sólo bajo las reglas del mercado, sino que es definido, canalizado y restringido por las normas morales y jurídicas y por el juego de la benevolencia, la simpatía y el principio del espectador imparcial. La socialización opera a través de la simpatía y del espectador imparcial como un control social internalizado (págs. 132-136) (36).

Esta concepción del proceso de socialización significa que Smith pensó que las instituciones ejercen una influencia decisiva en la configuración de la conducta del individuo y, en particular, que buena parte de sus preferencias se determinan *endógenamente* en

(36) La interpretación que hace Dobb (1973) de la condena por parte de Smith de la «mezquina rapacidad, del espíritu monopolizador de comerciantes e industriales, quienes no son ni deben ser los que gobiernen a la humanidad... porque su interés es directamente el opuesto a aquel del gran cuerpo del pueblo», si bien es correcta en el contexto de la cita, ya que Smith estaba denunciando las restricciones a la competencia encarnadas en las prácticas monopolísticas de algunos grupos de empresarios, no constituye, sin embargo, una interpretación ajustada de la condena sistemática que Smith hizo a la conducta de los empresarios. Porque Smith fue partidario del sistema de control impuesto por el mercado, pero no del propio empresario. Como ha dicho WARREN J. SAMUELS: «Smith no suministró una defensa del mercado en términos favorables a los negocios. Existe en Smith más una presunción de optimalidad en favor de las soluciones del mercado que en favor de las decisiones de los negocios; todo eso vino más tarde con las más sofisticadas formulaciones del mito central del capitalismo» (p. 202).

el mercado (37). De ser correcta esta interpretación, Smith podría haberse defendido muy bien de algunas de las acusaciones de Marx en relación con la «antropología ingenua» de su economía política, al menos tal como han sido vistas por Althusser (1967). Afirma el filósofo francés: «La estructura teórica propia de la economía política (clásica) se basa entonces en la puesta en relación inmediata y directa de un espacio homogéneo de fenómenos dados y de una antropología ideológica, que funda en el hombre sujeto de las necesidades —el dato del 'homo oeconomicus'— el carácter económico de los fenómenos de su espacio» (pág. 175). Y, más adelante: «Este afán de falsa eternidad que Marx encontraba en los clásicos puede originarse políticamente en un deseo de eternizar el modo de producción burguesa, lo cual es muy evidente en algunos: Smith, Say, etc.» (pág. 177). Creemos que Althusser no es justo al meter a Smith en un mismo saco junto a todos los demás economistas clásicos. De todos ellos él fue el único que creó un sistema, un sistema abierto en el que se desarrollan progresivamente normas morales y jurídicas que condicionan y controlan la dimensión social del hombre. Y es menos justo aún cuando atribuye a Smith un deseo expreso de eternizar el modo de producción burguesa, pues si bien es cierto que era éste su credo ideológico, el principio de eternización no tenía cabida dentro de su sistema teórico (38). Porque Smith es ciertamente el primer gran filósofo de la economía de mercado, pero sólo si con ello hemos de entender simplemente que el mercado es una de las instituciones que permiten conseguir un determinado orden en la sociedad, pero no más importante que el resto de las instituciones.

De lo anterior no debe deducirse tampoco que en el sistema de Smith no haya lugar para las *tensiones*. Al contrario, todas las instituciones smithianas están diseñadas para superar tensiones, para conseguir orden. Son innumerables las ocasiones en que

(37) Aparte de su coherencia con nuestra interpretación general de Smith, no resulta arriesgada esta afirmación a tenor, por ejemplo, de su exposición de las diferentes pasiones en la Sección II de su TMS.

(38) El propio D. P. O'Brien (1975) lo ha visto así claramente: «El (Smith) reconoció la variación de las leyes morales con el tiempo, lugar y circunstancias, en una forma en cierto modo similar a la de Montesquieu en su *Esprit des Lois*. El contraste con el punto de vista de los fisiócratas sobre las leyes naturales es suficientemente evidente. Los fisiócratas estuvieron mucho más cerca de los escolásticos en sus puntos de vista acerca de las leyes naturales y fueron mucho más absolutistas» (p. 29).

Smith se refiere a la oposición de intereses entre empresarios y público, entre capitalistas y trabajadores, y en que propone sea el gobierno quien modere el conflicto (39). Especialmente significativo es aquel pasaje en que a propósito de una importante discusión sobre religión dice:

«En toda sociedad civilizada, en toda sociedad donde la distinción de rangos ha sido alguna vez completamente establecida, han existido siempre dos esquemas o sistemas diferentes de moralidad al mismo tiempo; uno de ellos puede ser llamado el estricto o austero; el otro el liberal, o, si prefieren, el sistema flexible. El primero es generalmente admirado y reverenciado por el pueblo llano. El último es comúnmente más estimado y adoptado por lo que se llama gente de sangre azul» (WN V.1.f.10).

El mercado y las demás instituciones son mecanismos que producen orden y concilian intereses, no mecanismos que eviten conflictos. Y es la necesidad de encontrar soluciones lo que determina la evolución de las instituciones. Smith no es, por tanto, un economista del «laissez faire» sin condiciones (40).

B) *Simpatía, poder y principios de política económica*

Resulta difícil imaginar, como normalmente se ha pretendido, que Smith no integrase en su sistema el poder político y que su

(39) Esto ocurre, por ejemplo, en WN I.x.c.61, WN IV.ii.43, WN IV.vii.b.49, WN IV.viii.17 y WN V.i.e.4.

(40) Que no exista inconsistencia en el sistema general de Smith y, en particular, entre su teoría de la conducta humana de la TMS y de la WN, no significa que en su obra no existan contradicciones y en algunos casos contradicciones importantes. Por ejemplo, no resulta fácil entender, después de haber llegado a admirar su extraordinaria talla de científico, cómo pudo Smith incurrir en la siguiente: En numerosos párrafos de la WN afirma que las perspectivas de desarrollo económico eran mayores en la agricultura que en ningún otro sector, e ilustró esta idea con determinados hechos históricos (WN I.xi.1.23). Al mismo tiempo estableció que la división del trabajo es la piedra angular del desarrollo económico (WN I.i.). Paradójicamente, en (WN I.i.4), llegaría a la conclusión siguiente: «La agricultura, por su naturaleza, desde luego, no admite subdivisiones de trabajo ni separación de operaciones tan completa como las manufacturas». El especial uso que Smith hace de la historia y su perfecta combinación de los métodos deductivo e inductivo pueden ser la única explicación de tan importante contradicción.

objetivo último fuese, por principio, reducir al mínimo la actividad del sector público. A él se debe lo siguiente:

«El gobierno, en tanto en cuanto es instituido para la seguridad de la propiedad, es en realidad instituido para la defensa de los ricos contra los pobres o de aquéllos que tienen alguna propiedad contra los que nada tienen» (WN V.i.b.13).

Y lo siguiente:

«El gobierno supone una cierta subordinación. Pero como la necesidad de gobierno crece gradualmente con la adquisición de la propiedad, las principales causas que introducen naturalmente subordinación crecen gradualmente con el desarrollo de la propiedad» (WN V.i.b.3).

Para Smith, el gobierno no surge en abstracto mediante un contrato social entre personas para someterse a determinadas reglas, sino que es la consecuencia lógica del progreso de los hombres en sociedad. El gobierno es una institución más de su modelo abierto de sociedad, que aparece en un determinado momento histórico. «Uno de los rasgos más destacados del razonamiento de Smith es, de hecho, la conexión que logró establecer entre la forma de economía prevaleciente (el modo de ganarse la subsistencia) y el origen y la distribución de poder o dependencia entre las clases de hombres que constituyen una determinada sociedad» (R. H. Campbell y A. S. Skinner, 1976, págs. 12-13). Su análisis histórico, desarrollado a todo lo largo del Libro III y el Libro I, Cap. I, de la WN, muestra claramente que la economía de mercado es simplemente el resultado de un largo proceso y que el mantenimiento de este tipo de organización económica requiere una determinada estructura social.

W. J. Samuels (1973) ha hecho notar las relaciones existentes entre poder y mercado en el sistema de Smith. Las fuerzas de mercado actúan dentro de la estructura de poder y al mismo tiempo dan lugar a la misma. Relaciones de poder y de mercado constituyen un conjunto de variables en un sistema general interdependiente. Lo que caracteriza a la economía de mercado no es la ausencia de relaciones de poder, sino la forma particular que éstas

adoptan. Simpatía, interés propio, benevolencia, normas morales, leyes emanadas del poder político y mercado constituyen los principios e instituciones básicas que permiten conseguir armonía y superar las contradicciones intrínsecas al modo de operar de la sociedad. Smith enfatizó la importancia del mercado, pero también enfatizó la necesidad de un sistema de justicia inspirado en la simpatía, sin el cual ni el propio mercado ni la sociedad podrían subsistir.

Es cierto que Smith propuso reducir al mínimo las funciones económicas del Estado, limitándolas a los servicios de defensa, justicia y aquellas obras públicas que no pueden ser provistas por el mercado a causa de que «el beneficio no podría nunca compensar el gasto para cualquier individuo o grupo de pocos individuos» (WN IV.ix.51), pero también es cierto que él mismo hizo esta otra propuesta más general:

«La economía política, considerada como una rama de la ciencia de un hombre de Estado o legislador, presenta dos objetivos diferentes: primero, proveer un abundante ingreso o sustento para el pueblo, o, más propiamente, capacitarle para que se provea a sí mismo de tal ingreso o sustento; y, segundo, ofrecer al Estado o República un ingreso suficiente para los servicios públicos» (WN Intr. 1).

La organización del sistema económico ha cambiado mucho desde que Smith proponía luchar contra los gremios que se oponen a la «más sagrada e inviolable» propiedad, «la propiedad que cada hombre tiene sobre su propio trabajo» que «es el fundamento original de toda propiedad» (WN I.x.c.12); contra las posiciones de privilegio, tales como los monopolios, el «gran enemigo de la buena administración» (WN I.xi.b.5); y, en especial, contra el sistema mercantilista que imponía «un ciento de impertinentes obstrucciones» al natural esfuerzo de cada individuo para mejorar su propia condición (WN IV.v.b.43), una de las propensiones básicas de la naturaleza humana. El énfasis que Smith ponía en la necesidad de establecer el «*laissez faire*» (41) no era más que una propuesta para equilibrar los mecanismos de poder, para hacer más justas

(41) El propio J. Viner (1928), que en otros puntos malinterpretó a Smith, según hemos visto, sostuvo abiertamente que su sistema de «*laissez faire*» era un sistema de libertad y egoísmo condicionados.

las instituciones que producen orden. Y si Smith viviese en nuestros días pienso no tendría inconveniente en ampliar la injerencia del Estado, porque su sistema de libertad era un sistema de libertad condicionada.

La subordinación del mercado a las exigencias de la justicia debe entenderse dentro del profundo contenido que Smith dio a este último concepto, como pilar que sostiene todo el edificio de la sociedad y que se levanta a partir de todo el conjunto de normas morales libremente aceptadas por todos.

Pero hay más. Para Smith, el concepto filosófico de *bienestar social* es más amplio que el de simple bienestar material, apoyado en el «cambio mercenario de prestaciones de acuerdo con una valoración mutuamente acordada», que constituye el punto de vista dominante de la WN.

La teoría moderna de la Hacienda Pública está dominada por el concepto paretiano de bienestar económico: En mercados de factores y productos competitivos, y en ausencia de externalidades, es posible alcanzar un equilibrio económico compatible con decisiones libremente aceptadas por los consumidores. Una situación de equilibrio *B* será preferible a una situación de equilibrio *A*, si al menos una persona mejora su grado de bienestar en la posición *B* sin que ninguna otra lo empeore. O, dicho de otra manera, la situación *B* es mejor que la situación *A* si en aquélla al menos una persona puede disponer de más bienes y servicios para su propio uso y ninguna otra dispone de menos.

Normalmente, se ha entendido que las hipótesis paretianas, especialmente las de elección individual y mantenimiento de la competencia, eran completamente aceptables para la economía liberal en la más pura tradición smithiana. Sin embargo, el concepto de «simpatía», en el que se apoya todo el sistema de Smith, nos lleva a una conclusión totalmente diferente. Para Pareto, las funciones de utilidad son independientes. Supone que cada persona está interesada sólo en su propia disponibilidad de bienes y servicios y que es indiferente a la de los demás. Cada individuo no tiene conciencia de la carencia relativa de los otros. En Smith, la función de utilidad es interdependiente por esa red de mutuas simpatías que se establece entre todos los miembros de la comunidad. Incluso desde una perspectiva estrictamente económica, Smith destacó

la influencia decisiva que el efecto demostración tiene sobre el carácter interdependiente de la función utilidad: «Y así, el puesto, ese gran objeto que divide a las viudas de los 'aldermen', es el fin de la mitad de los trabajos de la vida humana; ... Pero nadie desprecia el rango, la distinción, la preeminencia, a no ser que esté muy por encima o muy por debajo de los standars ordinarios de la naturaleza humana» (TMS I.iii.2.8).

La interdependencia de la función de utilidad smithiana proporciona un buen soporte para una hacienda redistributiva. Cualquier ciudadano estará dispuesto a aceptar el establecimiento de transferencias compulsivas si llega a estar convencido, a través del largo proceso de creación y aceptación de normas morales, que otros, «en circunstancias similares», harían lo mismo. De nuevo, la economía liberal de Smith, su orden económico de «libertad natural», nos aparece profundamente restringido.

También resulta interesante destacar cómo el poderoso realismo de Smith le impidió llegar a lo que parecería la conclusión necesaria y última de su sistema moral, el concepto de «*ciudadano del mundo*». A pesar de los deseos de mutuas simpatías, existe «un orden (de preferencias) en el que los individuos están encomendados por la naturaleza» a su propio cuidado y al cuidado de los demás. «Cada hombre siente sus propios placeres y sus propios dolores más sensiblemente que los de los demás... Después de él mismo, los miembros de su propia familia... son objeto de sus más calurosos afectos» (TMS VI.ii.1.1). Cuando este principio se extiende a la organización política encontramos un firme apoyo para la descentralización del poder, extraño también a la doctrina normalmente imputada a Smith:

«Cada Estado independiente está dividido en muchos órdenes y sociedades diferentes, cada uno de los cuales tiene sus propios poderes, privilegios e inmunidades particulares. Cada individuo está naturalmente más vinculado a su propio orden o sociedad que a ningún otro. Su propio interés, su propia vanidad, el interés y vanidad de muchos de sus amigos y compañeros, están comúnmente bastante conectados con éste. Ambiciona extender sus privilegios e inmunidades. Está celoso por defenderlos contra la usurpación de cualquier otro orden o sociedad» (TMS VI.ii.26).

6. CONCLUSION

Smith no fue sólo un economista. Fue un filósofo que diseñó un sistema general para explicar el funcionamiento de la sociedad. Apoyándose en muy pocas propensiones de la naturaleza humana —simpatías, deseo de mejorar nuestra condición— llegó a un sistema ético basado en la socialización del individuo. El conjunto de normas morales libremente aceptadas por todos los individuos cristaliza en un conjunto de normas jurídicas que garantizan la conservación de la sociedad.

Su sistema es armónico, pero al mismo tiempo abierto y conflictivo. Todas las instituciones —mercado, poder, justicia— están destinadas a producir orden y a solucionar las tensiones inevitables, mediante el ejercicio de control social sobre la conducta interesada de los individuos. Smith puede, ciertamente, ser considerado como el primer filósofo de la economía de mercado, pero de ello no puede inferirse que la actividad económica del gobierno constituya una infracción de los fundamentos morales y jurídicos del mercado.

Articuló el papel del mercado como un mecanismo que funciona bien o mal, según operen las restantes instituciones de control social. Su teoría del mercado no explica por sí misma todo el amplio sistema del que forma parte, ni permite afirmar, *a priori*, en términos absolutos, la superioridad de las soluciones de mercado. Por ello carece de toda justificación que haya podido ser usada para oscurecer los problemas de poder y para defender la perdurabilidad de posiciones de poder existentes, así como el uso que éstas hacen de la moral y la ley. Smith ya vio que el poder es un instrumento para ser usado por aquéllos que pueden alcanzarlo y que los conflictos trabajo-capital, incluso los que se generan por la conquista del poder, no son esencialmente conflictos anti-mercado.

La grandeza de las propuestas de Smith no merecían el proceso de filtración y conversión a que han sido sometidas, aunque tal vez el destino de toda idea importante sea que pueda ser reinterpretada en función de los intereses dominantes en cada momento histórico.

Cuando J. L. Sampedro (1978), que se confiesa abiertamente

antismithiano (42), escribe: «Pienso que cuando el comunismo aspira en un futuro a una sociedad sin clases está pensando en superar la contradicción (la existencia entre el poder necesario para la organización que conduce a la eficacia y la libertad indispensable para sentirse vivir), creando una disciplina sin poder que la imponga. Pero tengo más confianza en confiar la disciplina a un poder fraccionado al máximo entre los grupos e instituciones, para evitar la corruptora concentración. Y aún juzgo más deseable el fomento del único poder que no recae sobre los demás: el poder de cada cual sobre sí mismo. Crear la capacidad de auto-limitarse y fomentar el acatamiento a sus 'reglas de juego', siempre imprescindibles, porque el hombre sólo vuela como la cometa: atado a un hilo muy ligero y casi invisible. Aplicando también el autodomínio a la tarea de crear reglas» (pág. 426), en realidad está declarándose el más ferviente de sus discípulos. Ni siquiera falta la metáfora del «hilo muy ligero y casi invisible», que por tantos conceptos nos recuerda la «invisible hand». Incluso su énfasis sobre el autodomínio encuentra su más fiel paralelo en el siguiente párrafo de Smith: «El autodomínio no es sólo una virtud, sino que de ella todas las otras virtudes parecen derivar su principal lustre» (TMS VI.iii.11).

Volver a Smith es volver al principio de la ciencia económica, es reencontrar la verdadera identidad de sus problemas, es situarse en el marco más amplio y esperanzador de la «filosofía moral». Un ejercicio que no habré podido evitar a quienes estén interesados realmente en practicarlo.

BIBLIOGRAFIA

LOUIS ALTHUSSER y ETIENNE BALIBAR: «Lire le Capital», Maspero, París, 1967.
Edición española: «Para leer el Capital», Siglo XXI, décima edición. Madrid, 1974.

(42) A él se deben estos párrafos: «Porque ésa es la gran ausente de la teoría convencional: la variable poder, sin la cual es difícil explicarse nada importante» (p. 423). «En conclusión, se escamotea el poder para dejárselo al mercado sin que se note» (p. 424). «Aunque todo eso lo saben los estudiosos, cuando se hacen economistas convencionales han decidido creerse que, no obstante, la competencia lucrativa y el egoísmo general lleva a la prosperidad colectiva, como en el famoso pasaje smithiano de la 'mano indivisible'» (p. 425). Y «ha terminado la era smithiana en que el orden nacional resulta de integrar los intereses individuales en el mercado» (p. 425).

- WALTER BAGEHOT: *Adam Smith and our Modern Economy*, en «Economic Studies». London, 1880.
- GARY BECKER: «The economic approach to human behaviour», University of Chicago Press, 1976.
- MARK BLAUG: «Economic Theory in Retrospect», Richard D. Irwin Inc., 1962. Edición española: «La teoría económica en retrospectiva». Editorial Luis Miracle, S. A., 1968.
- H. T. BUCKLE: «History of Civilization in England». London, 1861. Vol. II, Cap. 2°.
- T. D. CAMPBELL: «Adam Smith's Science of Morals». George Allen and Unwin Ltd., 1971.
- R. H. CAMPBELL and A. S. SKINNER, General Editors: «An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations», Clarendon Press, Oxford, 1976.
- A. W. COATS: «Adam Smith's Conception of Self-Interest in Economic and Political Affairs», *History of Political Economy*. Spring, 1975.
- VICTOR COUSIN: «Adamo Smith: La sua vita e le sue opere», Introducción a la Riqueza de las Naciones, «Biblioteca dell'Economista», Prima Serie, Trattati Complessivi, Vol. II, Torino, Cugini Pomba e Comp., 1851.
- DE QUINCEY: «Ricardo and Adam Smith», en *Blackwood's Magazine*, 1842. Tomado de «The collected Writings of Thomas de Quincey», by David Masson. London A. C. Blach. Soho Square, 1897. Vol. IX, páginas 113-117.
- M. DOBB: «Theories of value and distribution since Adam Smith». Cambridge University Press, 1973. Edición española: «Teorías del valor y de la distribución desde Adam Smith». Siglo XXI, 1975.
- MANUEL FUENTES IRUROZQUI: «El moralista Adam Smith, economista». Ediciones La Verdad. Madrid, 1944.
- W. S. GRAMM: «Natural Selection in Economic Thought: Ideology, Power and the Keynesian Revolution». *Journal of Economic Issues*, 7, núm. 1, march, 1973.
- P. D. GROENEWEGEN: «Turgot and Adam Smith». *Scottish Journal of Political Economy*, xvi, 1969.
- C. W. HAYEK: «The Introduction of Adam Smith's Doctrines into Germany», Columbia University. New York, 1925.
- BRUNO HILDEBRAND: *Die Nationalökonomie der Gegenwart und Zukunft*, 1848.
- SAMUEL HOLLANDER: «The Economics of Adam Smith». Toronto, University of Toronto Press, 1973.
- M. HOLLIS and J. NELL: «Rational Economic Man». Cambridge University Press, 1975.
- T. H. HUXLEY: «Evolution and Ethics, and Other Essays». New York, Appleton-Century-Croft, Inc 1894.
- K. G. A. KNIES: *Die Politische Okonomie vom Standpunkte der geschichtlichen Methode*, 1853.
- T. KUHN: «The Structure of Scientific Revolutions». University of Chicago Press. Chicago, 2d. Edition, 1970.
- JACQUES LESOURNE: «Economic Dynamics and Individual Behaviour», en *Sociological Economics*. London Sage Publications Ltd., 1979.
- J. RALPH LINDGREN: «The Social Philosophy of Adam Smith». The Hague. Martinus Nijhoff, 1973.
- A. L. MACFIE: «The Individual in Society». George Allen and Unwin. London, 1967.
- : «The Invisible Hand of Jupiter». *Journal of the History of Ideas*, XXXII, 1971.
- K. MARX: «Teorías sobre la Plusvalía». Grupo Editorial Grijalbo, 1977.
- D. P. O'BRIEN: «The Classical Economists». Clarendon Press. Oxford, 1975.
- STUART MILL: «A system of logic, Rationative and Inductive, being a Con-

- nected View of the Principles of Evidence and the Methods of Scientific Investigation», 1843. Traducción española Tip. Rivadeneyra. Madrid, 1853.
- R. OLSON: «Scottish Philosophy and British Physics 1750-1880». Princeton, 1975.
- K. R. POPPER: «The Logic of Scientific Discovery». New York, Harper and Row, 1965.
- JOHN RAE: «The Life of Adam Smith». London, Mcmillan and Co. Ltd., 1895.
- D. D. RAPHAEL: «The Impartial Spectator», en *Essays on A. Smith*. Clarendon Press. Oxford, 1976.
- D. D. RAPHAEL and A. L. MACFIE, editors: «The Theory of Moral Sentiments». Clarendon Press. Oxford, 1976.
- NATHAN ROSENBERG: «Some Institutional Aspects of the Wealth of Nations». *Journal of Political Economy* 68, December, 1960.
- J. L. SAMPEDRO: «De cómo dejé de ser 'homo oeconomicus'», en Colección de Estudios en Homenaje al profesor Valentín Andrés Álvarez. Editorial Tecnos. Madrid, 1978.
- W. J. SAMUELS: «The Political Economy of Adam Smith». *Ethics*, Vol. 87. University of Chicago, 1976-77.
- : «Adam Smith and the Economy as a System of Power», *Indian Economic Journal* 20, January-March, 1973.
- G. L. S. SCHACKLE: «The years of high theory». Cambridge, 1967.
- J. A. SCHUMPETER: «History of Economic Analysis». Oxford University Press, 1954. Edición española: «Historia del Análisis Económico». Ediciones Ariel. Barcelona, 1971.
- H. A. SIMON: «From Substantive to Procedural Rationality» en Spiro J. Latsis Ed., *Methodological Appraisal in Economics*. Cambridge, 1976.
- : «Rationality as Process and as Product of Thought», *Am. Ec. Rev. Proc.*, May 1978.
- A. S. SKINNER: «Adam Smith: A aspect of modern economics?», *Scottish Journal of Political Economy*, Vol. 26, núm. 2, June 1979.
- ADAM SMITH: «History of Astronomy», en *Essays on Philosophical Subjects*, ed. by W. P. D. Wightman. Clarendon Press. Oxford, 1979.
- : «The Theory of Moral Sentiments», ed. by D. D. Raphael and A. L. Macfie. Clarendon Press. Oxford, 1976.
- : «An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations», ed. by R. H. Campbell and A. S. Skinner. Clarendon Press. Oxford, 1976.
- LESLIE STEPHEN: «History of English Thought in the Eighteenth Century», 3d. ed., London, Smith, Elder and Co., 1902.
- DUGALD STEWART: «Account of the Life and Writings of the Author by Dugald Stewart», incluido en Adam Smith, «Essays on Philosophical Subjects». Clarendon Press. Oxford, 1979.
- OVERTON H. TAYOR: «A History of Economic Thought (Social Ideals and Economic Theories from Quesnay to Keynes)», Mc Graw Hill Book Company, Inc., 1960.
- CLEM TISDELL: «Concepts of Rationality in Economics», *Philosophy of the Social Sciences*, Vol. 5, 1975.
- JACOB VINER: «Adam Smith and 'laissez faire'», *Journal of Political Economy*, Vol. 35, 1927.
- : «Introducción» a *A Life of Adam Smith* de John Rae. New York, 1965.
- : «Adam Smith» en *International Encyclopedia of the Social Sciences*. Crowell Collier and Mcmillan, Inc., 1968.
- Edición española: «Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales». Aguilar, 1976.
- T. WILLSON: «Sympathy and Self-Interest», en *The Market and the State*, Essays in honour of Adam Smith, Ed. by T. Willson and A. S. Skinner. Oxford University Press, 1976.